

Isaac Deutscher

Lenin

los años
de formación



Serie
popular
Era

Isaac Deutscher
Lenin: los años
de formación



La familia Uliánov en 1879: el padre Iliá Nikoláievich, la madre María Alexandrovna, Vladímir Uliánov (Lenin), sentado, primero a la derecha; sus hermanos y hermanas (de pie, de izquierda a derecha), Olga, Alexander, Ana, Dimitri, sentado en el centro, María, en brazos de la madre. La foto fue tomada en Simbirsk cuando Lenin estudiaba en el

**Isaac
Deutscher
Lenin: los años
de formación**

Primera edición en inglés: 1970

Título original: *Lenin's Childhood*

©1970, Mrs. Tamara Deutscher, c/o Robert Harben. Londres

Primera edición en español: 1975

Traducción: José Luis González

Derechos reservados en lengua española

©1975, Ediciones Era, S. A.

Avena 102, México 13, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and Made in Mexico

INTRODUCCION

por Tamara Deutscher

Isaac Deutscher consideraba su proyectado estudio de Lenin como la culminación de la obra de su vida. La biografía de Stalin, los tres volúmenes sobre Trotsky y la vida de Lenin habrían de constituir “un solo ensayo de análisis marxista de la revolución de nuestro tiempo y además un tríptico con cierta unidad artística”. No había de ser así. Y ello es tanto más lamentable por cuanto él se preparó muy rigurosamente para ese trabajo durante muchos años. Mientras realizaba sus investigaciones en el Archivo de Trotsky, en 1950, tenía ya un catálogo mental de documentos y papeles que podrían arrojar nueva luz sobre el protagonista del futuro volumen. Sus cuadernos de apuntes de la Houghton Library (que alberga los Archivos) muestran aquí y allá una gran L trazada en lápiz rojo; materiales que habían sido recogidos para la biografía de Stalin contienen a veces una anotación: consúltese para el *Lenin*.

Cuando, después de 1956, el “culto a la personalidad” empezó a ser reprobado en Moscú, la figura de Lenin cobró de nuevo un aspecto humano: no se trataba ya del santo bizantino que los fieles debían invocar ritualmente en toda oportunidad posible; las revistas y periódicos ru-

nos se llenaron de recuerdos de antiguos secretarios, colaboradores y hasta enfermeras y médicos que en alguna ocasión estuvieron en contacto con Lenin. Luego apareció la nueva edición, la quinta, de las *Obras* de Lenin en 55 volúmenes, que contiene no sólo los escritos, discursos y directivas de Lenin, sino incluso las observaciones que éste había hecho al margen de libros que había leído. Todo esto, junto con un gran número de materiales raros pacientemente recogidos, pasó al estante de libros más cercano al escritorio de Isaac. Allí permanece aún. Ahora sólo puedo poner frente al lector un fragmento, un capítulo inconcluso, de la obra que Isaac Deutscher tan apasionadamente deseó completar.

El primer capítulo de cualquier biografía contiene inevitablemente la acostumbrada descripción de la familia, la infancia y la juventud; pero en el presente caso el autor, hurgando en los oscuros orígenes de los Uliánov, presenta un llamativo cuadro de las condiciones sociales en que vivían las más oprimidas, las más atrasadas y las más anónimas de las muchas nacionalidades que componían el extenso y sombrío imperio zarista. Más interesante que esto, sin embargo, es la sutil ilación que da unidad al capítulo inconcluso. Vemos a Ilia Nikoláievich, el padre de Lenin, que dedica su vida a la gran causa de la educación de los muzhiks sumidos en la ignorancia, deseando

servir lealmente al zar, a la Iglesia y al pueblo. “Su manera de ‘ir al pueblo’ amparado en la autoridad del zar” le parece la única forma de acción razonable. Pero es derrotado por la autocracia, por la Iglesia y por la reacción, y muere moralmente destruido. Alexander y sus amigos sostienen que “empeñarse [...] en la elaboración de principios teóricos equivaldría a capitular. Cualquier filisteo es capaz de teorizar; el revolucionario tiene que luchar”. Alexander y cinco de sus camaradas mueren en el patíbulo. Y, sin embargo, fue Alexander quien mantuvo que “era suicida emprender cualquier actividad política sin antes aclarar los principios en que ésta debía basarse”. En este sentido, al parecer, Vladímir partió desde donde su hermano se vio tan trágicamente obligado a detenerse. Fue Lenin el teórico marxista, Lenin el filósofo, al igual que el jefe y el hombre de acción, falible y grande, cuya vida estuvo encaminada al logro de su propósito, el hombre que no obstante se empapó en la teoría, que actuó dentro del marco de principios bien elaborados, el que Isaac Deutscher se propuso retratar.

Isaac decía, parafraseando a Carlyle, que su labor como biógrafo de Trotsky consistía en extraer a su personaje principal “de debajo de una montaña de perros muertos, de una inmensa carga de calumnia y olvido”. En su biografía de

Lenin, Isaac, que detestaba todas las ortodoxias, concibió que su tarea consistía en extraer a su personaje principal de debajo de una inmensa carga de iconografía y de ortodoxia asfixiante. Tal como Mayakovsky admiraba en Lenin “la auténtica, la sabia, la humana, la enorme frente leniniana” y veía en él “el más terrenal de todos los que pasaron por la tierra”.

LENIN:
LOS AÑOS DE FORMACION

Los orígenes de la familia Uliánov son tan oscuros que llegan a parecer enigmáticos. La información disponible se remonta tan sólo hasta la primera mitad del siglo XIX, es decir, hasta el abuelo de Lenin, Nikolai Vasílievich Uliánov. Sus descendientes lo describieron ocasionalmente como un funcionario de baja categoría de la administración civil o un empleado de oficina domiciliado en la ciudad de Astrakán. Durante mucho tiempo los biógrafos de Lenin aceptaron la exactitud de esta descripción y, haciéndola un poco más precisa sociológicamente, presentaron a los Uliánov como una familia típica de la intelectualidad trabajadora. Si esta descripción hubiese sido cierta, la extrema escasez de información acerca de los Uliánov habría resultado del todo inexplicable. Los hombres y las mujeres de la intelectualidad rusa eran seres coherentes y comunicativos, autores prolíficos de cartas y diarios; y, por supuesto, los archivos públicos contenían datos no sólo acerca de sus carreras y relaciones sociales, sino también, a menudo, opiniones sobre su lealtad política. ¿Por qué, entonces, se hallaba la historia de los antepasados de Lenin envuelta en tan profundo anonimato? Esta circunstancia,

por sí sola indica que aun dos o tres generaciones antes de Lenin, la familia debe de haber estado sumergida todavía en el campesinado, pues sólo en el campesinado y entre los habitantes más pobres de las ciudades había vivido y muerto la gente —una generación esclavizada, anónima e iletrada, tras otra— sin dejar constancia escrita de su existencia. Como propiedad de sus terratenientes, las familias campesinas no tenían una identidad propia. El siervo tenía su nombre de pila y su patronímico: sólo eso requería la conveniencia del alguacil y el capataz del terrateniente en este mundo y los poderes celestiales en el otro; pero él no tenía el derecho ni la necesidad de poseer un apellido; y, en efecto, las investigaciones en los archivos de Astrakán han revelado que hasta unos cuarenta años antes del nacimiento de Lenin, el nombre de la familia no estaba aún claramente fijado. Hacia 1830 las autoridades municipales habían dedicado un poco de atención al abuelo revolucionario, pero todavía se referían a él bajo tres apellidos diferentes pero de enunciación similar: Uliánov, Uliáninov y Ulianin. Está claro que no se referían a tres personas distintas porque en todos los casos el nombre de pila, el patronímico, la dirección y la ocupación son las mismas. Evidentemente, él mismo no estaba aún seguro de cómo se llamaba: su apellido era su adquisición más reciente, no estaba familiarizado

con su sonido y abrigaba dudas en cuanto a sus letras finales. Por otra parte, la obtención del apellido se vio acompañada por la adquisición de una modesta propiedad: una pequeña casa situada sobre un banco de arena en uno de los barrios más pobres cerca del puerto. El dato quedó registrado en el censo de propietarios de casas de Astrakán, efectuado el 29 de enero de 1835. De este documento se ha extraído la mayor parte de la información acerca del abuelo de Lenin.

Nikolai Vasílievich Uliánov nació en 1765. En el momento de hacerse el censo tenía setenta años. Su esposa, Ana Alexeievna Smirnova, era veinticinco años más joven que él. Tenían cuatro hijos: dos niños y dos niñas. El mayor, Vasili, tenía trece años; las niñas, María y Fedosia, doce y diez respectivamente; y el menor, Ilia, futuro padre de Lenin, sólo tenía dos años. La dirección registrada de Nikolai Vasílievich era el número 227 de “la primera parte del primer barrio”. El anonimato de la calle sugiere un suburbio descuidado. El distrito en sí, o parte del mismo, recibió más tarde el nombre de calle del Cosaco, y, después de la revolución, calle de Stepán Razin, y la casa que aún se levantaba allí fue identificada como la número 9. El suburbio del cual formaba parte la calle se llamaba Kossa (Banco de arena) y era en realidad una especie de laguna al fondo del *Zayachi Gor* o Monte de las Liebres. El distrito

estaba repleto de chozas de mendigos, artesanos pobres y marineros y soldados desmovilizados que se habían establecido allí después de veinticinco años antes del censo, su población fue diezmada por una epidemia de cólera. Nikolai Vasílievich había comprado la casa a F. F. Lipayev, capataz en una armería militar, pagándola a plazos, de modo que en 1835 aún no había adquirido las escrituras. Pero presentó recibos de los pagos,¹ y la autoridad, si bien abrigando dudas en cuanto al precio real de la casa, se avino a conferirle la condición de *meschanin* o residente urbano.

Así, pues, no fue sino hasta la edad de setenta años cuando el abuelo de Lenin llegó a ser reconocido oficialmente como ciudadano de Astrakán. Con todo, de otro documento se desprende que había vivido allí durante quince años antes del censo, cuando menos desde el momento de su matrimonio con Ana, la hija de Alexei Smirnov. Evidentemente por aquel entonces pertenecía a la gran masa de gente que residía en la ciudad o en sus alrededores sin poseer los derechos de la ciudadanía. ¿Qué gente era ésa? Astrakán había sido en otros tiempos la capital de los kanes tártaros y su población nativa se componía de tártaros, kirguises y kalmukos, con

¹ Los recibos sumaban 260 rublos, y el precio de la casa era de 700 rublos.

nuy pocos descendientes de rusos o ucranianos. Los habitantes de origen mongol estaban privados de todos los derechos; eran tratados como una raza sometida. Los nobles rusos podían convertirlos a voluntad en siervos, lo cual, sin embargo, no ocurría en gran escala: en aquella apartada región del imperio, en los desérticos y salitrosos pantanos barridos por el viento a orillas del Mar Caspio, sólo había habido unas cuantas haciendas y la necesidad de mano de obra era limitada. Ello no obstante, a principios del siglo XIX ciertas formas del tráfico de esclavos seguían siendo corrientes; los comerciantes rusos solían capturar, comprar, o vender, niños kalmukos y kirguises. Una ley de 1808 estipulaba que tales niños debían ser manumitidos al cumplir los veinticinco años; casi dos decenios más tarde la esclavitud fue abolida formalmente. Se ha encontrado un documento legal, fechado en 1825, que ordenaba a un comerciante de Astrakán poner en libertad a su sirvienta, Alexandra Uliánova. Un escritor ruso sugiere que ésta era una parienta de Nikolai Uliánov, tal vez su hermana. Si esta suposición es correcta, entonces el abuelo de Lenin era un tártaro o un kalmuko, no un ruso. Ciertos datos accesorios, particularmente el de que Nikolai Uliánov se haya casado con la hija de un kalmuko, parecen confirmar esta suposición. Por otra parte, Uliánov era miembro de la Iglesia ortodoxa rusa.

¿Era él, como su suegro y como algunos otros kalmukos o tártaros, un converso al cristianismo? Ninguno de los documentos hasta ahora alude a ello. Si era un ruso, ¿de dónde y por qué había venido a Astrakán? Muy pocos rusos vivían allí en aquel entonces, y la mayoría de ellos pertenecían a la casta burocrática gobernante o a familias de comerciantes ricos. Los que no pertenecían ni a una ni a otra eran, por regla general, fugitivos de la servidumbre o ex-siervos que habían comprado su libertad mediante pagos a sus antiguos amos.

Astrakán resultaba atrayente por su lejanía, su naturaleza abierta, su aire de libertad; era improbable que un fugitivo fuese capturado allí y devuelto a su amo terrateniente. Además, era también un lugar donde un ex-siervo podía aspirar a ganarse la vida, pues aquélla era una época de rápido desarrollo para la región. A medida que el imperio se extendía hacia el sur y hacia el este, la ciudad se iba convirtiendo en un inmenso bazar; y una gran parte del comercio de Rusia con Asia, especialmente con Persia, pasaba por su puerto, cuando menos hasta que Odesa se convirtió en un peligroso competidor. Las familias de comerciantes de Astrakán acumulaban grandes fortunas en la industria de la pesca y el caviar, en la importación de seda y la exportación de caballos, y también gracias al monopolio del transporte por barcos en la desembocadura del Volga.

Unas cuantas de esas familias habían sido fundadas por antiguos siervos; y sus éxitos deslumbrantes alentaban las esperanzas de muchos otros que acudían a la ciudad, asegurándole a ésta un constante suministro de mano de obra barata. Los nuevos habitantes se empleaban como estibadores o trabajadores en los muelles, o aprendían algún otro oficio y se establecían como artesanos independientes. A lo que parece, Nikolai Uliánov fue uno de ellos; no era funcionario de la administración pública ni empleado de oficina, sino sastre. Si trabajaba por su cuenta o para un patrón, es cosa que se ignora. Se casó a edad avanzada, cuando tenía cincuenta y cinco años o más. ¿Tuvo que pagar, en su juventud, una parte de sus escasos ingresos al amo terrateniente para comprar su libertad? ¿Tuvo que esperar hasta la liquidación de esa deuda para fundar una familia? En todo caso, no tuvo éxito en sus esfuerzos de ascenso social y fue un hombre muy pobre durante toda su vida. A los setenta años había ahorrado apenas lo suficiente para comprar a plazos su pequeña vivienda; y para obtener algún dinero adicional le alquiló el desván de madera a un inquilino, quedándose con su esposa y sus hijos en el piso principal de la casa.

A los setenta años, cuando se le reconoció oficialmente la condición de *meschanin*, debe de haber sido un hombre cansado de la vida. El

vocablo, tomado del polaco, lengua en que significaba burgués o burgués, se empleaba en Rusia para describir al habitante urbano de la baja clase media: pequeños comerciantes y propietarios que, de acuerdo con el carácter feudal de las ciudades, formaban un solo estrato social. Libres en comparación con los siervos, no gozaban de la independencia de los burgueses de cualquier país de Europa, ni siquiera de la de los polacos. Estaban sujetos a castigo corporal y su libertad de movimiento era restringida. Carecían de derechos políticos; aunque pagaban impuestos electorales, no tenían voto y no eran electores de ningún organismo político representativo o incluso municipal. En cuanto estrato social, debían suministrar cierto número de reclutas al ejército. Pero no podían ocupar puestos en la administración pública, excepto mediante una dispensa especial del zar o sus ministros. Con el transcurso del tiempo, a medida que el aparato burocrático creció y necesitó más y más hombres, esta última restricción hubo de atenuarse; pero a principios de siglo seguía aplicándose rigurosamente. Así, el campesino cuya ambición le permitía ascender socialmente desde la servidumbre y soñar con convertirse en un *meschanin*, descubría que después de muchos esfuerzos y dificultades, cuando colmaba su aspiración, él y sus hijos permanecían aún en un callejón sin salida, siempre oprimidos.

Al biógrafo de Lenin le sorprende una y otra vez el desconocimiento que habría de caracterizar a la familia Uliánov en cuanto a su origen social. “Yo no sé nada acerca de mi abuelo”, declaró Lenin, como si el hecho lo desconcertara, al responder a un cuestionario. Su hermana mayor, Ana Elizárova, se imaginaba a su abuelo como un oficinista; y todos ellos se veían como representantes típicos de la intelectualidad. Y, en efecto, cuando uno contempla el hogar paterno de Lenin y la vida familiar del hijo menor de nuestro sastre astrakano, tiene la impresión de firmes raíces de clase media y de una larga tradición intelectual. No es nada raro, por supuesto, que los advenedizos traten de ocultar su humilde origen social. Pero difícilmente pudo haber sido éste el motivo de los Uliánov. Su despreocupación respecto a su posición social era notable; la daban por sentada y se sentían perfectamente cómodos en ella; ignoraban realmente su ascendencia. El humilde Nikolai Vasílievich murió un par de años después de haber sido reconocido como ciudadano de Astrakán; Ilia, su hijo menor, sólo tenía cinco o siete años, de suerte que creció sin recordar a su padre, y más tarde fue incapaz de transmitir sus reminiscencias de aquél a sus propios hijos. El hermano mayor de Ilia, Vasili, tenía diecisiete años al morir su padre y tuvo que hacerse cargo del sostenimiento económico de la familia. Había

ambicionado educarse y progresar en la vida, pero tuvo que renunciar a esas aspiraciones. Tomó empleo como vendedor y conductor de una carreta que repartía barriles de sal a los clientes. Se empeñó en labrarle un futuro a su hermano menor, pues estaba decidido a lograr para Ilia lo que no había podido conseguir para sí. Le aseguró una educación, pero a costa del mayor sacrificio propio, ahorrando cada kopek que podía dejar de gastar y renunciando al matrimonio. Un amigo de la familia, un tal Nikolai Livanov, el *protoyerei* o arcipreste de una parroquia vecina y padrino de Ilia, contribuyó obteniendo para el muchacho un lugar en el *gymnasium* local y un donativo ocasional que sufragaba su inscripción escolar. El sacerdote supervisaba además la instrucción de Ilia; y, en años posteriores, éste aludiría con la mayor gratitud a todo lo que su hermano mayor y el arcipreste habían hecho por él. En esta temprana etapa se disciernen dos características de los Uliánov: sus fuertes vínculos familiares y su religiosidad. El padre de Lenin fue un cristiano ortodoxo griego devoto y practicante hasta el fin de su vida, y el propio Lenin fue creyente hasta los dieciséis años. El arcipreste de Astrakán indudablemente dejó su huella en los antecedentes del ateo más grande y militante de la historia. En cuanto al fuerte sentido de parentesco de los Uliánov, habría de sobrevivir a todas

las conmociones que afectaron sus actitudes ideológicas.

En el *gymnasium*, Ilia Nikoláievich se desenvolvió con brillantez; en 1850, a los diecinueve años, se graduó con una medalla de plata, la primera que se concedía desde la fundación de la escuela, casi medio siglo antes. Sin embargo, el certificado de graduación contenía la enfática reserva de que a “Uliánov, por provenir de un estrato no perteneciente a la nobleza, no se le concede por este medio el derecho a ingresar en la administración pública”. Para el graduado, esta restricción fue probablemente una bendición disfrazada, puesto que le impidió emprender una carrera burocrática de baja categoría y lo indujo a solicitar ingreso en la Universidad de Kazán. Esta era una ambición atrevida ya que ningún egresado del *gymnasium* de Astrakán había sido admitido en la Universidad: los estudios superiores también estaban reservados, por regla general, para los hijos de las familias de elevada posición social. Sin arredrarse por ello, Ilia Nikoláievich solicitó admisión y, además, una beca. Con ciertas dificultades, y sólo después de que el director del *gymnasium* de Astrakán apoyó su petición, fue admitido. Pero la beca le fue negada porque, según le escribió el guardián de la Universidad al director, tales ayudas pecuniarias sólo se concedían a los funcionarios “con el fin de facilitarles la educación de sus

hijos. No existe razón adecuada [...] para aceptar [...] entre los becarios [...] a Uliánov, que pertenece al estrato social inferior (*'meshchanskoie'*)". Pero el infatigable Vasili persistió, ahorrando los kopeks y los rublos necesarios para las inscripciones; y andando el tiempo el propio Ilia empezó a ganar dinero dando clases particulares a los hijos de los comerciantes de Kazán.

A mediados del siglo la Universidad de Kazán, la única que existía en las provincias orientales de Rusia, atraía a jóvenes ambiciosos de todas las ciudades del Volga. Había sido fundada en época todavía reciente, durante las guerras napoleónicas, en medio de la pereza intelectual y el oscurantismo provinciano. Pero había sido convertida en un gran centro de estudios por el genio de Nicolás I. Lobachevski, el precursor de la geometría no-euclideana, que fue su rector durante casi dos decenios. En 1850, cuando Ilia Uliánov fue admitido en la facultad de física y matemáticas, Lobachevski ya se había jubilado; pero aún se interesaba en el trabajo de los alumnos prometedores. Ilia fue uno de ellos. Sentía una verdadera pasión por la ciencia y las matemáticas; pese a su mala salud, trabajaba con ahínco y no desperdiciaba el tiempo. En 1854 obtuvo el grado de bachiller con una tesis sobre "El método de Olbers y su aplicación en el rastreo del cometa Klinkerfüß". Un año más tarde fue designado

maestro titular de física y matemáticas en el Instituto Dvoryanski, una escuela para hijos de la nobleza en Penza, el pueblo principal de una de las *gubernias* del Volga. Fue recomendado para el puesto y su nombramiento lo firmó Lobachevski, por consejo del cual también se hizo cargo de la oficina meteorológica local.

Penza era un rincón aburrido, soñoliento y sometido al régimen de castas; su escuela, sostenida por donaciones privadas, era todo menos un centro educativo ejemplar. El nivel académico era bajo; los hijos de los nobles eran perezosos, alborotadores e irrespetuosos con los profesores. Los sueldos de éstos se pagaban con retraso: a principios del decenio de 1860, con motivo de la abolición de la servidumbre, los nobles empezaron a escatimar sus donaciones y las finanzas de la escuela se hicieron más débiles que nunca. Los inspectores escolares informaban con dureza sobre la decadencia de la institución, pero cuando menos dos de ellos, el senador Safonov, que visitó el Dvoryanski en 1859, y el inspector Postel, que presentó un informe acerca del mismo tres años más tarde, señalaron los resultados excepcionalmente buenos —obtenidos “gracias al maestro Uliánov”— en la enseñanza de las matemáticas y la física. El joven maestro era, al parecer, igualmente eficaz en el manejo de su oficina meteorológica pobremente equipada; escribió varios trata-

dos sobre meteorología y una disertación acerca de las tormentas y los conductores de rayos, en los que se refería con frecuencia a obras en lenguas europeas occidentales. Este trabajo, sin embargo, no añadía nada a sus ingresos: el puesto de meteorólogo carecía de remuneración.

En Penza, en casa de I. D. Vereténnikov, otro maestro, Ilia Nikoláievich conoció a María Alexandrovna Blank, cuñada de Vereténnikov. El tenía unos treinta años, ella era cuatro años más joven y, según todos los testimonios, muy hermosa y atractiva. El se enamoró y ella correspondió a sus sentimientos, pero tuvieron que posponer su matrimonio, probablemente por falta de dinero, hasta el verano de 1863. En los antecedentes y las personalidades de la joven pareja había ciertos contrastes significativos. Ella era hija del doctor Alexander Blank, hombre un tanto enigmático y excéntrico, de mentalidad muy inquisitiva y temperamento inquieto, que había sido influido por las ideas avanzadas de su tiempo. Su apellido sugería que era un alemán o un báltico ligeramente rusificado. Se había casado con la hija de una familia de alemanes del Volga, pero su esposa murió joven, dejando cinco hijas pequeñas y un hijo. Los huérfanos fueron educados por una tía severa, en el idioma y las tradiciones alemanas. En la familia había también una tía y una abuela suecas. Así, pues, encontra-

mos en los padres de Lenin la unión de dos extremos étnicos y culturales, del elemento tártaro asiático sudoriental y el elemento nórdico, con una indefinida adición ruso-eslava. Socialmente también, las dos familias provenían de mundos diferentes. El doctor Blank se graduó de médico cirujano en la Academia de Medicina de Petersburgo hacía 1825, poco antes de la insurrección decembrista. Ejerció como médico interno en varios hospitales y como forense en Smolensk, Perm, Riga y Kazán, pero después de la muerte de su esposa se retiró, compró una granja en la aldea de Kokushkino, cerca de Kazán, y se convirtió en pequeño terrateniente de cuyos conocimientos médicos sólo se beneficiaban sus vecinos aldeanos. Sustentaba ideas curiosas acerca de la salud y la enseñanza, ideas a las que tuvo que ajustarse estrictamente la educación de sus hijos. Influido por Rousseau, creía en la terapia natural, la vida espartana, la alimentación sencilla y la cura por el agua. Es probable que haya reaccionado en esa forma contra la charlatanería y las supersticiones de la medicina rusa contemporánea pero en el mismo proceso desarrolló sus propios catolicones y curalotodos. Prohibió a sus hijos “el veneno” del té y el café, y los hacía beber agua pura y fría. Les vedó también ropas holgadas y cómodas: tenían que exponer sus cuerpos al viento, la nieve y las heladas, y, para curtirlos

más aún, les aplicaba frecuentemente compresas frías (la tía alemana, según se decía, los envolvía en toallas mojadas y frías antes de acostarlos). No sabemos cómo afectaron exactamente estos experimentos la salud y los nervios de todos sus hijos; la madre de Lenin, en todo caso, creció fuerte de espíritu y de cuerpo y vivió, soportando sus trágicas experiencias, hasta los ochenta y un años. Ella también formó a sus hijos a la manera espartana, sin someterlos, sin embargo, a los rigores que ella y sus hermanos tuvieron que sufrir. En cuanto al doctor Blank, si bien porfiado y algo excéntrico, dio a sus hijos una educación cuidadosa y liberal. No envió a María Alexandrovna a la escuela —o carecía del dinero necesario, o bien cedió ante el prejuicio generalizado que veía con malos ojos la instrucción de una niña en una escuela de internas—, pero ella tuvo maestros particulares, hablaba con fluidez el ruso, el alemán y el francés, tenía buen conocimiento de la literatura rusa y europea, amaba la música y tocaba el piano con sensibilidad y gusto. Su mente cultivada estaba llena de curiosidad por el mundo y de avidez por aprender: ya casada, pasó los exámenes de maestra y quedó bien preparada para influir en la educación de sus propios hijos. Otras influencias intelectuales, aún inexploradas, operaron en el seno de la familia Blank, pues cuando algunos años después de la

muerte del médico sus nietos se mudaron a su casa rural, encontraron allí una rica colección de revistas literarias y filosóficas de orientación radical que habían pertenecido a un tío cuyo nombre se ignora. En todo caso, el hogar del doctor Blank en Kokushkino se hallaba, culturalmente, en las antípodas de la choza de Uliánov, el sastre astrakano. Con todo, en Lenin habrían de encontrarse y unirse sus dos abuelos, el plebeyo y el intelectual.

Los Uliánov no permanecieron mucho tiempo en Penza. Ilia Nikoláievich no podía sostener una familia con los escasos e inseguros ingresos que percibía allí. El Instituto para Hijos de la Nobleza se hallaba en un estado de absoluta decadencia. Los alumnos estaban desmoralizados; entre los muchachos de los cursos superiores había casos de alcoholismo; los culpables eran azotados o expulsados o ambas cosas; en 1862 el cincuenta por ciento de los alumnos fracasó en los exámenes. Algunos de los profesores buscaron empleo en otra parte. Ilia Nikoláievich obtuvo un puesto en el *gymnasium* de Nizhni Nóvgorod, donde uno de sus antiguos maestros de Astrakán era director. En 1863 los Uliánov se mudaron. Nizhni Nóvgorod les resultó un lugar mucho más agradable que Penza. Con sus antecedentes históricos de bastión de la clase comerciante rusa, era la menos dominada por el sistema de castas y la más

civilizada de las ciudades del Volga, con su propio teatro, conciertos frecuentes y activas sociedades literarias y de debates. El *gymnasium* era una escuela bien organizada, bien equipada y en buena situación económica. Los profesores y sus familias vivían, con relativa comodidad, en una de las alas del edificio escolar. Los Uliánov se instalaron en un departamento de cuatro piezas que les fue asignado. Ilia Nikoláievich se entregó a sus tareas pedagógicas con su entusiasmo habitual, y además inició una intensa actividad fuera del *gymnasium*. Enseñaba en otras escuelas de la ciudad, era miembro del consejo de un colegio militar, asistía a reuniones de maestros en Moscú, visitaba exposiciones educativas de las que regresaba exaltado por todo lo que había visto y escuchado, y cargado de nuevos libros y materiales educativos. El y su esposa se hicieron populares entre los profesores y los vecinos, disfrutaban de las actividades sociales y artísticas y la cercanía de los centros de la vida intelectual de Rusia. Al igual que el resto de la intelectualidad local, leían y discutían las grandes revistas que traían todos los meses las indomables ideas de un Dobroliubov o un Chernishevski y los capítulos, publicados por entregas, de *La guerra y la paz* de Tolstoi. No sin razón recordarían con nostalgia, años más tarde, su estancia en Nizhni.

Un año después de su llegada nació su primera

hija, Ana, y dos años más tarde su hijo Alexander. En Nizhni vivieron sólo seis años. Luego un tanto súbitamente, y cuando María Alexandrovna esperaba su tercer hijo, se trasladaron a un nuevo lugar: Simbirsk. Llegaron allí en septiembre de 1869, y el 10 de abril de 1870 les nació un segundo hijo varón. Bautizado en la pequeña iglesia de San Nicolás en el nuevo vecindario, recibió el nombre de Vladímir. Algunos autores aluden al significado simbólico del nombre —Vladímir quiere decir “gobierna al mundo”—, pero esa idea seguramente no pasó por la mente de los padres de Lenin, como tampoco por la de los innumerable padres rusos que elegían ese nombre para sus hijos.

Al principio el niño pareció desarrollarse lentamente: tenía la cabeza grande y pesada, era gordinflón y de tez rojiza; empezó a caminar tarde, cayéndose con frecuencia y golpeándose la cabeza. Pero no tardó en superar este retardo inicial para convertirse en un pequeño excepcionalmente vigoroso y ágil, lleno de travesura y aficionado a los juegos ruidosos. No jugaba con los juguetes, dice su hermana mayor, sino que los rompía. A los cinco años sabía leer y escribir; a continuación, durante cuatro años más o menos, un maestro parroquial le dio clases en casa hasta que a los nueve años quedó preparado para ingresar en el *gymnasium* local.

Para los Uliánov, la mudanza de Nizhni Nóvgorod a Simbirsk representó, en muchos sentidos, una total pérdida. Ilia Nikoláievich había aceptado el puesto de inspector de las escuelas primarias de la *gubernia* de Simbirsk. Era un trabajo más bien administrativo que pedagógico. Como consecuencia de la Gran Reforma, y con el comienzo de la modernización social de Rusia, el gobierno se propuso acrecentar la red de escuelas primarias, rescatarlas de las manos de un clero semianalfabeto y colocarlas bajo la autoridad de los *zemstvos*, los nuevos organismos de autogobierno de la nobleza. Ilia Nikoláievich hubo de hacerse cargo de esta operación en una vasta *gubernia* rural carente de caminos, con casi un millón de campesinos diseminados en centenares y tal vez millares de aldeas y villorios en 166 *volosti* (distritos); aun en teoría existían muy pocas escuelas, y menos todavía en realidad; los niños solían reunirse en chozas destartaladas para recibir las lecciones de aldeanos autodidactas o sacerdotes borrachos; los campesinos y los nobles por igual veían con desconfianza cualquier intento de difundir la educación y lo obstruían. Su nuevo trabajo alejaba a Ilia Nikoláievich de su hogar durante semanas o meses que pasaba en el campo, trasladándose de un *volost* a otro en medio del calor agobiante o bajo las tormentas de nieve, reuniendo fondos, buscando personas a las que pudiera enseñárseles

a enseñar, disuadiendo a los muzhiks de su obstinado prejuicio contra el envío de sus hijos a la escuela. Para un hombre de familia que ya no era joven y cuya salud dejaba que desear, y para un maestro que amaba la enseñanza, éste, evidentemente, no era un trabajo agradable. La vida de los Uliánov no se hizo más desahogada y cómoda en Simbirsk, sino al contrario.

Ana, la hija mayor, habría de recordar que su “madre resintió muy dolorosamente el cambio del activo Nizhni Nóvgorod a este sórdido y aburrido agujero provincial, al mal alojamiento y las condiciones menos civilizadas, pero sobre todo a la completa soledad [. . .] Más tarde habría de contarnos cuán tristes fueron para ella aquellos primeros años en Simbirsk. Su única amiga era la partera Ilina, que vivía en la misma casa y la asistió en el nacimiento de sus hijos menores”. Ciertamente es que había algunas compensaciones para el desmañado alojamiento, pues Simbirsk se hallaba bellamente situado en la margen alta del Volga, en medio de campos exuberantes y floridos, huertas y bosques que cubrían una inmensa cuesta empinada desde cuya cumbre podía contemplarse el magnífico panorama del río, que en primavera desbordaba su caudal, y de la infinita y verde llanura más allá de las aguas. Muchos escritores, desde Pushkin y Goncharov hasta Trotsky, han descrito este paisaje rico y lleno de

color. Los Uliánov se establecieron en una parte poco atractiva de la ciudad: rentaron un pequeño apartamento en la calle Streletskaia, en la llamada Vieja Corona, un suburbio en la cresta de una colina adonde solían subir para hacer sus almuerzos campestres las familias pobres que vivían a orillas del río, aglomerándose allí cada domingo y dejando tras sí masas de desperdicios que el viento revolvía durante el resto de la semana. La casa en la calle Streletskaia, donde nació Lenin, estaba situada frente a una gran cárcel, desde cuyas ventanas enrejadas los presos observaban las multitudes domingueras.

En el transcurso de los tres años siguientes, la familia cambió de domicilio varias veces; y tuvieron que pasar casi diez años antes de que los Uliánov pudieran comprar una casa de madera, bastante espaciosa y cómoda, con jardín, en la calle Moscú, donde la familia vivió hasta que salió de Simbirsk.

La soledad en que los Uliánov vivieron sus primeros años en la ciudad que habría de llevar su nombre después de la muerte de Lenin, se debía al hecho de que Simbirsk era, de todos los “nidos de la nobleza” a orillas del Volga, el más sometido al régimen de castas. Las divisiones sociales heredadas se mantenían con inflexible rigor, y la traza de la ciudad las reflejaba con marcada precisión. Al pie de la cuesta, sobre las

márgenes del Volga, se hallaban los barrios desaharrapados, malolientes y apretujados de los pobres. Las casas de los comerciantes se alzaban a lo largo de la cuesta misma. En la cumbre, en la Nueva Corona, rodeadas de parques y tras altas bardas, estaban las casas de campo de la nobleza; y, aparte, colindantes con la Nueva Corona donde vivían los Uliánov, se hallaban las casas de los empleados de categoría inferior de la administración pública. Los estratos y castas observaban un complicado orden de precedencia, de acuerdo con el cual se alineaban los principales de la ciudad hasta en las procesiones religiosas y en los servicios en la catedral. Simbirsk era menos antigua que la mayoría de las ciudades del Volga —su fundación databa apenas del siglo XVII—, pero su *genius loci* era peculiarmente reaccionario. Había sido el bastión contra el cual se deshizo finalmente la gran rebelión campesina encabezada por Stenka Razin, después de su espectacular y victorioso avance a lo largo del Volga. Centenares de patíbulos oscurecieron entonces la cuesta junto al río. Cuando los campesinos volvieron a alzarse varias generaciones después, bajo el mando de Pugachev, y recorrieron otra vez la región en son de guerra, no osaron atacar a Simbirsk. El hijo más famoso de la ciudad, antes de Lenin, eran el historiador Karamzín, el exégeta más elocuente y chovinista del zarismo y sus conquistas, y Gon-

charov, el autor de *Oblómov*, que también había sido secretario del gobernador y censor local. Hijo de un rico comerciante y conservador de tendencia cuasi-liberal, Goncharov describió en su novela *Obryv* (*La cuesta*), seminostálgica y semisatíricamente, a la nobleza local. Pero, por supuesto, inmortalizó la provincia en su *Oblómov*, para quien la *gubernia* de Simbirsk es lo que La Mancha para Don Quijote. En el personaje del noble que disipa su vida en la pereza, incapaz de reunir energías suficientes para salir de la cama, Goncharov creó el símbolo de la enfermedad moral, la apatía y la indolencia del terrateniente ruso, y, en realidad, de Rusia en general. Así, paradójicamente, el ex-censor de Simbirsk empezó a ejercer una poderosa influencia revolucionaria, pues su *Oblómov* clamaba por el anti-Oblómov que sacudiera a Rusia para sacarla de su inercia y su modorra. Ese anti-Oblómov acababa de nacer en la patria de *Oblómov*; pero para los hombres de Oblómovka, incluido el propio Goncharov, el viejo orden social seguía siendo sacrosanto; lo preservaban y lo protegían la gran distancia que separaba a la *gubernia* de la capital y su aislamiento. Casi hasta el final del siglo Simbirsk careció de comunicación telegráfica, telefónica y ferroviaria con el resto del mundo.

Los Uliánov no encajaban del todo en la sociedad local. Ilia Nikoláievich, el *meschanin*,

pese a su nuevo empleo, no ocupaba ningún lugar definido en la jerarquía social; y su mujer ni siquiera era rusa. Su trabajo consistía en llevar la educación a los hijos de los campesinos, pero ¿no les había advertido Oblómov a todos que “la alfabetización es perjudicial para el muzhik; enseñadle a leer y escribir y dejará de arar”? En otras *gubernias* no pocos terratenientes modernizaban sus fundos e invertían dinero en industrias que requerían obreros alfabetizados. No así en la provincia de Simbirsk, donde los ricos probablemente veían aún algo de indecente, y hasta de subversivo, en la misión que había llevado a Ilia Nikoláievich a su ciudad. La relativa pobreza de éste, tan manifiesta en la elección de un departamento barato en un barrio inferior, su comportamiento exento de toda presunción, y, en último término pero no por ello menos importante, los rasgos kalmukos de su rostro, todo ello obraba en su contra. Los tártaros, kalmukos y chuvashos no abundaban allí, aunque había unos cuantos, pero su lugar estaba en el fondo mismo de la pirámide social. Ilia Nikoláievich no tardó en entregarse en cuerpo y alma a su trabajo, explorando la región y buscando aquellas “escuelas Potiomkin” que se hallaban en los registros oficiales pero que no aparecían por ninguna parte, asistiendo a las lecciones que se daban en los lugares donde se impartía alguna enseñanza, y aconsejando a los

futuros maestros. No tenía ni tiempo ni ganas de preocuparse por la falta de contacto social con los habitantes de la Vieja y la Nueva Corona. Sabemos cómo se sentía María Alexandrovna: sus pláticas con la vecina partera difícilmente podían aliviar su soledad. Trataba de combatir esa soledad hasta donde le era posible, entregándose a las tareas domésticas y al cuidado de sus hijos. La familia iba creciendo. Al cabo de dos años, en Simbirsk, María Alexandrovna dio a luz a una cuarta criatura, Olga; y en 1874 nació el menor de sus hijos, Dimitri. Una muchacha campesina, Varvara Grigorievna, la ayudó a amamantar a los pequeños y le cobró tanto afecto a la familia que se quedó a vivir con ellos hasta el fin de su vida. En una o dos ocasiones los Uliánov viajaron por el Volga hasta Astrakán para llevarles sus hijos a la abuela y las tías kalmukas y al tío Vasili. Pero andando el tiempo la abuela murió; a continuación se produjo cierto distanciamiento, las visitas a Astrakán cesaron y los niños crecieron sin conocer realmente la rama paterna de la familia.

María Alexandrovna prefería llevar a sus hijos de viaje a la hacienda de su familia en Kokushkino, donde cada verano las hijas del doctor Blank, casadas todas ellas con profesionales, llegaban con sus maridos y sus hijos para pasar unas largas y alegres vacaciones. De esta manera escapaba María Alexandrovna de su soledad en Sim-

birsk. Ilia Nikoláievich también, independientemente del afecto que le tuviera a su madre, su hermano mayor y sus hermanas, probablemente se sentía más a gusto entre los parientes de su mujer que entre los suyos en el sórdido suburbio de Astrakán. Puede que haya habido cierta ingratitud o petulancia en este alejamiento de su familia. Pero le hubiera sido difícil evitarlo. Sus propios gustos e intereses, por no mencionar las aspiraciones de su mujer y sus propios deseos de formar a sus hijos en un ambiente de refinamiento civilizado, lo llevaron a comportarse en esa forma. La lógica de su ascenso en la sociedad se impuso a sus relaciones familiares.

Después de unos cuantos años de trabajo en la *gubernia*, Ilia Nikoláievich recibió la Orden de San Vladimiro y fue elevado a los rangos de la nobleza hereditaria con el título de “Consejero de Estado en funciones”. También fue ascendido del puesto de inspector al de director de escuelas primarias. Su nueva posición en la administración pública correspondía al rango de un general: vestía un uniforme azul, bordado en oro, y la gente tenía la obligación de dirigirse a él llamándole *Vashe Prevosjhoditelstvo*: Su Excelencia.

¿Qué había hecho, cabe preguntarse, este plebeyo *meschanin* para ganar tal distinción oficial? ¿Qué relación tenía ésta con su actitud ante las instituciones zaristas y con sus propias opinio-

nes políticas? ¿Y cómo habría de afectar la misma a sus hijos? Hasta el momento en que entró a formar parte de la nobleza, cosa que ocurrió antes de que llegara a cumplir los cuarenta y cinco años, Ilia Nikoláievich nunca había mostrado ninguna inclinación a rebelarse contra la autoridad. Nunca se había acercado a ninguno de los círculos revolucionarios o liberales-radicales que ejercían influencia sobre la intelectualidad. Era un fiel servidor del zar y un devoto ortodoxo griego. Como muchas personas de origen humilde que habían ascendido por la vía difícil, creía que otros podían hacerlo de manera similar y que el orden social existente ofrecía margen y oportunidades suficientes para que las clases inferiores mejoraran su situación. Desconfiaba de quienes condenaban al zarismo en bloque y abogaban por reformas profundas o por la revolución. Estaba convencido de que tales ideas y acciones eran blasfemas, que era pecado rebelarse contra el Estado y la Iglesia, y no veía cómo los oprimidos podrían ganar algo mediante la desobediencia o la rebelión. En sus años de juventud aún se recordaba con sobrecogimiento la represión del alzamiento decembrista. Después vino el terror que aplastó al círculo de Petrashevsky y quebró a un hombre de la talla de Dostoievski. Después de 1848 se produjo la aplastante derrota de la revolución en toda Europa, derrota a la que contribuyeron los

cosacos del zar y que pareció privar de toda esperanza a los radicales. En los últimos años del reinado de Nicolás I, mientras Uliánov estudiaba en la Universidad de Kazán, el espionaje y la persecución que se ejercían contra los estudiantes y profesores llegaron a tales extremos que todo impulso de oposición y radicalismo quedó paralizado. Todas esas experiencias sólo pudieron fortalecer en Ilia Nikoláievich lo que podría describirse como el conservadurismo del advenedizo, que consistía, en proporciones variantes, en el convencimiento de la impotencia de la rebelión, una cierta gratitud a la sociedad y el temor a arriesgar la propia carrera labrada con mucha dificultad.

Con todo, Ilia Nikoláievich no era insensible a la degradación en que vivía el pueblo de cuyo seno él mismo había salido. Todos sus contemporáneos lo describen como un hombre generoso y bueno que durante toda su vida sirvió al pueblo en la medida de sus posibilidades, con idealismo y sin mezquindad. Aun cuando había ascendido en la escala social, no era un arribista. Nunca fue un envanecido. Con su uniforme bordado en oro, siguió siendo el hombre accesible, modesto y sencillo de siempre. No había favorecido su carrera con ningún acto servil. Era un leal servidor del zar por una profunda y discreta convicción estrechamente ligada a su fe religiosa; y creía que podía combinar sus servicios al pueblo con sus

servicios al zar, o, en realidad, que ambos eran inseparables. Sabía muy bien que Rusia ansiaba un cambio; sostenía que los siervos debían ser emancipados, educados y capacitados para gozar del fruto de su trabajo; y no abrigaba dudas de que a la nación en general debería permitírsele avanzar con la época y expresarse libremente. Creía en el poder liberador de la ciencia y la tecnología; y si bien era un miembro fervoroso de la Iglesia, tenía poco o nada en común con los eslavófilos que exaltaban la espiritualidad superior del modo de vida ruso autóctono y preindustrial. Pero contaba con que los cambios y las reformas serían promulgados desde arriba, apoyados en la autoridad del zar. Y cuando Alejandro II, pasando por alto la oposición de los terratenientes más reaccionarios, proclamó en efecto la emancipación de los siervos e inició las reformas en la administración, la justicia y la educación, ello significó para Ilia Nikoláievich una nueva y gloriosa aurora. Compartió el entusiasmo nacional suscitado por la Gran Reforma. Sabía que para algunos radicales el liberalismo del zar era sospechoso, que consideraban el Acta de Emancipación como un fraude, diciendo que al liberar a los siervos los había despojado de la tierra y los había hecho depender una vez más de sus antiguos amos. (Fue la expresión de tales críticas lo que costó a Chernishevski, menos de dos años más tarde, su encarce-

lamiento en la fortaleza de Pedro y Pablo.)

Las denuncias de la Reforma no eran convincentes en modo alguno para Ilia Nikoláievich, quien respondió con todo su ser al progreso que el país al fin iba conociendo. Y así, cuando en consonancia con la nueva política educativa del gobierno le fue ofrecido el nuevo puesto en Simbirsk, no vaciló un momento en cambiar las relativas comodidades de la vida en Nizhni por el arduo trabajo que le esperaba en la atrasada y desamparada *gubernia*: pensó que la misión de su vida consistía en llevar la educación a los antiguos siervos y sus hijos, y se entregó en cuerpo y alma a la tarea. Esta fue, para él, la manera de pagar su deuda con los pobres y los oprimidos. En su condición de *Kulturträger*, de precursor de la educación popular, estaba convencido de que sólo la educación podía ofrecer con el tiempo el remedio a todos los males de la sociedad rusa, incluidos los que había engendrado la Gran Reforma. El *Kulturträger* no podía ser un revolucionario, pues los frutos de la educación popular maduran lentamente. Ilia Nikoláievich no buscaba ninguno de esos atajos de la historia que habrían de tentar a sus hijos y que uno de ellos estaba llamado a abrir en forma tan poderosa; él recorrió pacientemente las lodosas carreteras y los campos sin caminos de su *gubernia* para descubrir cuál joven aldeano prometedor podía ser llevado a

Simbirsk y adiestrado como maestro; cuántos niños en su *uyezd* u otro carecían aún de enseñanza; y dónde podía construirse una nueva escuela. Lo primero era lo primero.

Fue por estas fechas —en 1873, para ser exactos— cuando se puso en marcha el gran *jozhdenie v narod*: centenares de hombres y mujeres de la intelectualidad “fueron al pueblo” para tratar de abrir los ojos de los campesinos frente a los aspectos negativos de la Emancipación y para hacerlos rebelarse contra las nuevas formas de su servidumbre y su sometimiento. Fue precisamente entre los campesinos de la *gubernia* de Simbirsk donde estos propagandistas del populismo (los *narodniki*) concentraron sus esfuerzos. El errante inspector de escuelas debe de haber topado con algunos de ellos mientras recorría la región: era imposible no identificar a aquellos hombres y mujeres bien educados que habían venido desde Petersburgo y Moscú y trataban febrilmente de ganar la atención del muzhik. En cierto sentido, el camino de Ilia Nikoláievich y el de los *narodniki* eran paralelos, pues aquél también había “ido al pueblo”. Pero el uno y los otros avanzaban en direcciones opuestas: él había ido al pueblo sosegada y confiadamente, apoyado en la autoridad del zar; ellos desafiaban desesperadamente a la autoridad. Para ellos, él era uno de aquellos despreciables *chinóvniki* (funcionarios) que ayuda-

ban al zar y al terrateniente a mantener sometido al campesinado. Para él, ellos eran unos delirantes que amenazaban con perturbar la tranquilidad del país, la tranquilidad indispensable para que su trabajo educativo pudiese prosperar. En ellos —en el leal funcionario y en el *naródnik* radical— encarnaba el dilema central al que se enfrentó más de una generación de rusos: el dilema de la reforma desde arriba o la revolución desde abajo.

A primera vista, la disyuntiva pronto quedó resuelta cuando los campesinos empezaron a expulsar a los propagandistas *naródniki* de las aldeas y a entregarlos a la policía. En 1874, por los días en que Ilia Nikoláievich ingresó en la nobleza, la “ida al pueblo”, aquella primera empresa populista de importancia, había sufrido un colapso: casi todos sus participantes estaban en la cárcel. De ese fracaso, Ilia Nikoláievich sólo pudo extraer la conclusión de que la única manera realista de ir al pueblo era la suya; y en cierto sentido tenía la razón. Los *naródniki* fueron víctimas de una cruel desilusión porque los muzhiks veían en el zar al emancipador, y cuando los revolucionarios “hidalgos” procedentes de las ciudades empezaron a incitarlos contra el zar, sospecharon que eran agentes de los antiguos amos de siervos que trataban de sembrar la discordia entre el pueblo y el trono. La ilusión que el acta de emancipación había creado en la mente del campesinado no

habría de ser destruida con facilidad: los nietos de los siervos la acariciarían aún. La Gran Reforma había logrado diferir la Gran Jacquerie durante más de medio siglo. En ese sentido, la decisión de Ilia Nikoláievich de poner todas sus esperanzas en la reforma desde arriba no estaba reñida con cierta forma de realismo.

Que la suya no fue una carrera burocrática rutinaria como tantas, y que la educación popular como gran problema nacional le preocupaba intensamente, se desprende con claridad de los testimonios de sus contemporáneos, escritos mucho antes de la revolución, es decir, mucho antes de que Ilia Nikoláievich empezara a ser visto a la luz de la gloria reflejada de su hijo. Cuando murió, la *Simbirskie Gubernskie Vedomosti* (*Noticias de la Gubernia de Simbirsk*) rindió un cálido homenaje a su “profundo y sincero amor” a sus escuelas y a su “actividad verdaderamente infatigable y extraordinariamente multifacética”.

Ilia Nikoláievich tuvo que construir él solo, por decirlo así, toda la estructura educativa a partir de cero: determinar el propósito y la finalidad de la enseñanza, formular y elaborar en sus detalles su escala y contenido, planear su programa a lo largo de los años, elegir los libros de texto, enseñar a cada maestro cómo utilizarlos y cómo aplicar este o aquel método educativo

y en esta forma educar a los maestros mismos [...] Todo esto tuvo que hacerlo no en un solo centro particular, sino en toda la *gubernia* de Simbirsk. Y así empezaron los incontables viajes de Ilia Nikoláievich por la región, tan memorables en nuestra *gubernia* [...] El gran éxito de sus esfuerzos se debió [...] a su habilidad para tratar con personas de las diversas esferas sociales y diferentes niveles de educación, y a su cordial y atrayente personalidad.

El obituario mencionaba “la rara atención y simpatía” con que el director trataba a sus subordinados, “sin imponer jamás su autoridad a nadie”. Esto no fue meramente el *de mortuis nihil nisi bonum* del autor del obituario. En 1894, ocho años después de la muerte de Uliánov, cuando no era muy prudente hablar bien de un hombre recordado como el padre de un regicida frustrado, otro educador, V. Nazarev, escribió una serie de artículos sobre él en el mismo periódico:

El nuevo inspector era absolutamente incapaz de darse por satisfecho con una actitud formalista [...] era un pedagogo, inusitadamente activo y emprendedor [...] De sus viajes por toda la *gubernia* regresaba a la ciudad e inmediatamente llamaba a las puertas del presidente y los miembros del Consejo Escolar, los sacu-

día, perturbaba su tranquilidad con informes alarmantes, diciéndoles que la gran mayoría de nuestras escuelas sólo existían en el papel, que los maestros y las maestras ni siquiera se presentaban en las aulas, que sus alumnos no podían leer ni escribir ni recitar las plegarias más corrientes. Era imposible desentenderse de este infatigable adalid de la educación [...] no escuchaba, no quería escuchar nada que no se refiriera a las escuelas de la *gubernia* de Simbirsk que se le habían encomendado [...] y sobre él recaía el peso increíble de todo ese trabajo.²

Nazarev relata cómo Ilia Nikoláievich improvisó, desde los comienzos mismos, el adiestramiento de los maestros, dirigiendo él mismo los cursos hasta que en 1875 logró crear un Instituto Pedagógico en Simbirsk; los alumnos del Instituto, en su mayor parte hijos de campesinos, eran llamados “los Uliánovtsi” incluso muchos años después. M. Superanski, el autor de una historia de la educación en esa parte de Rusia, escribió en 1906, veinte años después de la muerte de Uliánov: “Gracias principalmente a la energía y a la

² De las 683 escuelas mencionadas en el documento, tan sólo existían 460, de las cuales el 80% eran inútiles. *Voprosy Istorii*, n. 6, 1967.

suma devoción de I. N. Uliánov [. . .] los maestros que se formaron en esos cursos fueron nuestros mejores maestros [. . .]” Otros autores subrayan la sencillez y la actitud democrática de Uliánov: Su Excelencia solía realizar la mayor parte de sus inspecciones en una incómoda *britzka* o en una carreta campesina o en tren, en un compartimiento de tercera clase, cubriendo su vistoso uniforme con un barato abrigo gris. Otros recuerdan el interés y la buena voluntad de que dio muestras en relación con las minorías no rusas: fue el primero en establecer escuelas para los niños chuvashos y mordovos y, en esta ocasión también él mismo adiestró a sus maestros. Uno de ellos fue más tarde el director del Instituto Chuvasho de Maestros y siguió siendo amigo de la familia Uliánov durante toda su vida.

Así pues, Ilia Nikoláievich fue para sus hijos un ejemplo edificante de “servicio al pueblo”; además era accesible para ellos, amigable, jocoso, lleno de historias que contar y siempre dispuesto a acompañarlos en sus juegos. Debido a sus largas ausencias del hogar, la influencia de su esposa era más constante y tal vez más profunda. “Ella gozaba del amor y la obediencia de sus hijos”, cuenta su hija mayor, “y nunca alzaba la voz y casi nunca recurría al castigo”. Poseía la mayor parte de las “virtudes alemanas”: era limpia y ordenada, una perfecta ama de casa, industriosa y

ahorrativa. (Nadezhda Krúpskaya, quien conoció íntimamente a María Alexandrovna, estaba convencida de que Lenin heredó de ella su capacidad organizativa.) Casada ya y con hijos, María Alexandrovna pasó los exámenes de maestra, pero usó sus dotes pedagógicas sólo con sus hijos, ayudándolos en sus tareas escolares. A ella también le debieron éstos sus conocimientos de lenguas extranjeras: había días en que la familia hablaba “sólo alemán” o “sólo francés” (En Nizhi, ella e Iliá Nikoláievich también aprendieron inglés.) También les enseñó música: ella tocaba muy bien el piano y Volodia era un buen músico a los ocho años. Los Uliánov, sin embargo, no tenían afición a la pintura ni a la escultura. No tenían cuadros en su casa, tal vez porque no podían comprarlos, pero principalmente debido a que, como sostiene su hija, su sentido de apreciación de las artes plásticas estaba atrofiado: esto se echaba de ver incluso en la indiferencia con que amueblaron su hogar, que tenía un aspecto severo y puritano. Esta indiferencia frente a la forma y el color habría de reaparecer en Lenin, cuyo desprecio por el ornato se manifestó en una ruda impaciencia con las apariencias externas y culminó en un peculiar estilo de política revolucionaria. Lenin, al parecer, obtuvo de sus padres todas las ventajas que el afortunado azar de la herencia y la formación podían depararle; y fue capaz

incluso de convertir una deficiencia transmitida por ellos en un mérito capital.

“Eramos una familia amistosa y unida”, dice una de las hermanas de Lenin; y todos los autores de memorias confirman su aseveración. Pero, desde luego, los niños tenían conciencia de las diferencias, abiertas y semiocultas, de temperamento y de pensamiento entre sus padres: él era extrovertido y locuaz, ella introvertida y reservada. El vivía identificado con su trabajo, la *gubernia* y la Rusia a las que servía. A ella la caracterizaba el desapego, la falta de relación íntima con su medio ambiente. Por ejemplo, no era ortodoxa griega, aun cuando a veces se declaraba como tal en los documentos oficiales y solía acompañar a su marido a la iglesia. Esto era lo más que podía hacer; no compartía su fervor religioso, no hacía comunión ni ayunaba con él. Era más o menos indiferente en cuestiones de religión: sólo en casos de extrema aflicción cediendo a la desesperanza o recurriendo a un hábito adquirido en la niñez, solía arrodillarse y musitar una oración. Su frialdad frente a la religión se originaba más bien en el escepticismo que en la apatía, y tal vez también en un inconfesado desagrado por los ritos de la Iglesia Oriental. Los niños nunca oyeron a los padres discutir este delicado asunto. Ello no obstante, la diferencia existía aunque no se hablara acerca de ella, y era como una ligera

grieta en la cohesión moral de la familia.

Parafraseando a Tolstoi, podríamos decir que cada niño desdichado lo es a su propia manera y cada uno sufre su propio infortunio particular, en tanto que los dichosos son casi todos iguales. La infancia de Volodia fue tan feliz que apenas si requiere una descripción detallada; con todo, tal vez convenga tener presente esta circunstancia, porque tiene que haber contribuido al carácter del futuro revolucionario, a su confianza en sí mismo, su equilibrio interior y la plenitud de su personalidad. Ningún disgusto grave, ninguna ansiedad aguda parecen haberla perturbado hasta los dieciséis años. El calor y la disciplina del hogar paterno y la pequeña comunidad de los niños —con el tiempo llegaron a ser seis— ofrecían protección e intereses diversos, alegrías, rivalidades y emociones. El rojizo, regordete y saltarín Volodia era el más ruidoso y travieso de todos. Lo llamaban Kubyshkin: el barrigón. Su más asidua compañera de juegos era Olga, sólo año y medio menor que él; la mandaba y la llevaba de aquí para allá, y metía tanta bulla al jugar con ella que no dejaba estudiar a los demás. Entonces lo encerraban en el estudio de su padre y lo hacían sentarse en la “silla negra” hasta que estuviera dispuesto a portarse bien. Seguía rompiendo sus juguetes, impaciente por saber lo que tenían adentro y por satisfacer su destructiva

curiosidad. Podía ser rudo, agresivo y burlón; era capaz de decir una mentira para ocultar una travesura, pero después regresaba para confesar su culpa. El “super ego” en el chiquillo evidentemente no iba a la zaga de su picardía. Uno de sus juegos favoritos consistía en preparar trampas para pájaros, pero esto tocó a su fin cuando uno de sus petirrojos murió en la jaula. En el juego de los indios y los blancos, su papel era siempre el del indio al que los blancos —es decir, los mayores— perseguían con ahínco mientras él mismo cazaba animales salvajes. Solía regresar de la doble cacería para relatar orgullosamente sus aventuras y obligar a los hermanos menores a jurar que no lo delatarían a los blancos. Audaz hasta la temeridad, atravesaba nadando las más peligrosas corrientes cruzadas en el Volga o el Sviaga y remaba en botes de madera carcomida y agrietada: en más de una ocasión un *burlak* (botero) tuvo que sacarlo del agua. Penetraba sin temor en los “lugares con fantasmas” a los que otros niños no se acercaban, o seguía sin ser visto a los adultos cuando éstos salían en excursiones nocturnas por los bosques oscuros. Pero, sobre todo, gustaba de rivalizar con Sasha, cuatro años mayor que él. En esta rivalidad había algo de la tensión entre el hermano mayor y el menor que los psicólogos adlerianos consideran importante en la formación del carácter. Esta rivalidad con

sus inevitables frustraciones, provocaba —más que cualquier otra cosa— su agresividad y su sarcasmo. Sólo más tarde, en la adolescencia, el noble elemento de la emulación superó a la envidia.

A los nueve años Volodia ingresó en el *gymnasium* local, cuyo director, por una curiosa ironía de la historia, era Fiodor Mijailovich Kerensky, el padre de Alexander Kerensky, cuyo gobierno habría de derrocar el partido de Lenin en 1917.³ Contrariamente a lo que dicen los biógrafos soviéticos acerca del asunto, Kerensky padre hubo de ejercer una influencia muy poderosa en Vladímir, mucho más poderosa que en Alexander, que también fue su alumno. Al igual que Ilia Nikoláievich, Fiodor Kerensky era un liberal más bien conservador; a lo largo de los años los dos hombres llegaron a ser buenos amigos, y este hecho dejó cierta huella en las primeras experiencias de Lenin.⁴

Volodia se desempeñó sumamente bien en la escuela: desde el primer año hasta el último fue

³ Alexander Kerensky nació en 1881, cuando Lenin cursaba el segundo año en el *gymnasium*. Las parcas reminiscencias sobre Volodia en sus *Memorias*, publicadas en 1966, son tanto menos creíbles cuanto que los Uliánov abandonaron Simbirsk cuando Alexander Kerensky sólo tenía seis años.

⁴ En el *gymnasium* los hijos de la nobleza y de los funcionarios públicos formaban la mayoría; sólo una tercera parte provenía de hogares de clase media. Como miembro de la profesión docente, Ilia Nikoláievich estaba exento del pago de inscripciones por sus hijos. La inscripción costaba 30 rublos al año.

el primero en su clase. Sus condiscípulos habrían de recordar más tarde que era extremadamente atento, tranquilo y ordenado durante las lecciones, y el más inquieto y bullicioso en los recreos. Aprendía sin esfuerzo y recitaba sus lecciones con seguridad y sin tropiezos.

Al regresar a la casa —escribe su hermana—, Volodia solía contarle a papá lo que sucedía en la escuela y cómo contestaba a las preguntas. Como siempre era la misma historia de respuestas correctas y buenas calificaciones, Volodia subía corriendo [...] atravesaba el corredor [...] e informaba a toda prisa, sin detenerse: cinco en griego, cinco en alemán. Todavía puedo ver la escena claramente: estoy sentada en el estudio de papá y sorprendo las sonrisas de satisfacción que papá y mamá intercambiaban mientras sus ojos siguen la pequeña figura regordeta en uniforme, con el pelo rojizo asomando por debajo de la gorra de escolar [...] cinco en latín, cinco en álgebra [...] En aquellos años papá acostumbraba decir en ocasiones a mamá que todo se le hacía tan fácil a Volodia que éste tal vez nunca llegaría a adquirir la capacidad de trabajar. Sus temores resultaron infundados.

En años posteriores, cuenta su hermana, el

propio Volodia cobró conciencia del peligro de los éxitos ganados sin esfuerzo y se obligó deliberadamente a trabajar. En este sentido su rivalidad con Sasha, quien era sumamente diligente, empezó a tener un efecto benéfico. Sasha permanecía durante horas en su habitación, leyendo o haciendo experimentos de química. La química no atraía a Volodia, pero él también se quedaba en su cuarto y leía con creciente voracidad. La emulación empezó a afectar su carácter también: trató de asimilar algo de la reserva, la discreción y el tacto de Sasha, y de dominar su propio temperamento impulsivo. Pero si bien el ideal —“ser como Sasha”— parecía inalcanzable, Volodia en todo caso se iba haciendo menos quisquilloso, menos burlón y más respetuoso de ciertas cualidades dignas de ser imitadas. Le iba bien en la escuela y ayudaba gustosamente a sus compañeros menos dotados; con frecuencia llegaba al aula media hora antes de que comenzaran las lecciones y, de pie junto al pizarrón, hacía de maestro, con absoluta falta de afectación, gozaba enseñando. Su primo, Vereténnikov, recuerda que cuando en una ocasión hizo llorar con sus burlas a un niño cándido y tímido, se mostró contrito e hizo todo lo posible por calmar y consolar a su víctima. Sin embargo, pese a toda su animación y jovialidad, Volodia no se hizo de amigos íntimos entre sus condiscípulos; tal vez su capacidad

excepcional o su buen ojo y lengua suelta mantenían a éstos a distancia.

El adolescente era “el orgullo de la escuela” y mostraba una particular inclinación por las humanidades, especialmente al latín y la literatura rusa, que el propio director enseñaba en los cursos superiores. Kerensky era un maestro riguroso, que ponía gran énfasis en la claridad y la concisión de la expresión; también fue capaz de inculcar en su mejor discípulo un gran amor por sus asignaturas. Su aforismo favorito para la redacción de las composiciones era *non multa sed multum* o “pocas palabras y muchas ideas”. Leía en voz alta las composiciones de Volodia en el aula y elogiaba a éste por la ejemplar aplicación de este principio. El latín era la pasión de Volodia: traducía los textos más difíciles a libro abierto, devoraba los clásicos latinos y su autor predilecto era Cicerón. Kerensky padre estaba tan entusiasmado con su alumno que le hablaba de él a Uliánov padre cada vez que se encontraban: no abrigaba dudas en cuanto al futuro de Volodia como un erudito clasicista de genio. Aun cuando esta predicción no habría de cumplirse, el buen director ciertamente ayudó a formar el estilo del futuro escritor. (El propio Lenin habría de decirle años más tarde a su esposa que el latín era una de esas “aficiones peligrosas” que él debía vencer para hacer su trabajo revolucionario; las otras eran la

música y el ajedrez.) Sus intereses literarios eran estimulados en el círculo familiar, donde todos recitaban a Pushkin, Lérmontov o Nekrásov y, ocasionalmente, a Goethe o Shakespeare. Con frecuencia se reunían para escuchar a uno de ellos leer páginas de Gógol, Tolstoi o Turguéniev. Los personajes de estos novelistas permanecieron vivos en la imaginación de Volodia como símbolos de diversos aspectos de la realidad rusa; y tal vez ninguno de ellos como el Oblómov nativo.

Hasta los dieciséis años Volodia fue religioso, aunque no a la manera fervorosa y apasionada de su padre, sino asumiendo su fe ortodoxa griega y su asistencia a la iglesia como parte de un modo de vida establecido. Aún no mostraba ninguna inclinación a poner en entredicho las normas sociopolíticas o los valores morales aceptados por la sociedad. Sin duda alguna, al igual que todos los Uliánov, despreciaba instintivamente el sistema de castas que la Gran Reforma había socavado, pero no destruido. Sólo que los Uliánov se las arreglaban para vivir como al margen de ese sistema; suponiendo que de todos modos se desmoronaba, lo ignoraban. No había en el brillante alumno nada que prefigurara al futuro revolucionario. No había ni siquiera indicios del rebelde, ni asomos de la inquietud y la “inadaptación” que señalaron la adolescencia de tantos hombres que más tarde se apoltronaron sin mayor dificultad en

la respetabilidad filistea. Crecía en armonía casi perfecta en el medio. Sus parientes y compañeros de escuela —algunos de los cuales más tarde intentarían antedatar su desarrollo revolucionario— no pudieron recordar ni un solo acto de insubordinación en la escuela. Tuvo una pequeña riña con un maestro desagradable que había tratado injustamente a un muchacho inocente; pero cuando Ilia Nikoláievich se lo reprochó, Volodia prometió que no volvería a inmiscuirse en incidentes de ese tipo. Y cumplió su promesa. No es de extrañar que el director de la escuela atestiguará un día que su disciplina y lealtad política eran tan ejemplares como sus logros escolares.

Con todo, Volodia no pudo ignorar del todo el sombrío drama político de aquellos años. Tenía once años cuando el zar Alejandro II fue asesinado por los *narodnovoltsi*. En las escuelas e iglesias se celebraron veladas fúnebres; predicadores y oradores denunciaron a los regicidas y juraron lealtad a la dinastía. Ilia Nikoláievich se sintió profundamente afectado. Sus hijos habrían de recordar la tribulación en que lo sumió la noticia del asesinato. Se puso su uniforme y salió para asistir a una misa en la catedral; después regresó a la casa y habló ante su familia, con palabras airadas, sobre los asesinos del zar. Estos eran, dijo, criminales irresponsables que llevaban a Rusia al desastre. No hablaba simplemente como un

funcionario leal indignado por la subversión. Había crecido en el ambiente opresivo del régimen de Nicolás I, y el reinado de Alejandro II fue para él una gran época llena de promesas; como para casi todos los muzhiks, para él también Alejandro fue El Emancipador hasta el último momento. Ahora se sentía lleno de aprensiones en cuanto a la reacción que habría de desencadenarse, una reacción que enlazaría con las tradiciones de Nicolás I y anularía las reformas liberales y el progreso de las décadas del 60 y el 70. Esta fue, al parecer, la única ocasión en que Ilia Nikoláievich expresó con tanta franqueza y brusquedad sus convicciones políticas; normalmente rehuía el tema y sólo se permitía alusiones y sugerencias, pues temía despertar en sus hijos el interés por la política. Los dos mayores, Ana y Alexander, escucharon y se reservaron sus opiniones. No era que simpatizaran ya con los revolucionarios, sino que las expresiones de indignación conformista, que se oían en todas partes, los dejaban impasibles. Aprensivo a causa de esa actitud, Ilia Nikoláievich optó por el silencio caviloso. Volodia difícilmente podía tener ideas propias acerca del asunto, pero por primera vez cobró una vaga conciencia de la importancia de los conflictos que sacudían al trono y al país.

El rayo que había fulminado al zar no había descendido de un cielo despejado. En 1866, des

pués que Iliá Nikoláievich abandonó el Instituto Dvoryanski en Penza, un antiguo alumno de esa escuela, Dimitri Karakozov, atentó contra la vida del zar; después, el año en que nació Lenin, el caso Necháiev agitó al país, ocho años más tarde Vera Zasúlich disparó contra el general Trépov, gobernador de San Petersburgo. Esos disparos tuvieron eco hasta en el lejano Simbirsk. La gente secreteaba acerca de los deportados políticos que habían sido llevados a la ciudad y alojados en algún lugar a orillas del río; era como si Mark Volojov, el personaje revolucionario satirizado por Goncharov en *Obryv*, o sus descendientes, hubiesen venido a residir en los alrededores. Ni siquiera el *gymnasium* había escapado del todo a la contaminación: en los últimos años de la década del 70 apareció un maestro revolucionario, amigo del joven Plejánov, del que se dijo que había formado círculos ilegales entre los alumnos. Pero pronto fue despedido. A partir de entonces Kerenisky padre se mantuvo celosamente atento a la lealtad del personal docente y los estudiantes. Uliánov padre, por su parte, hizo todo lo posible por proteger a sus hijos de todo contacto con las ideas radicales. Y si bien en este sentido tenía un notable éxito por lo que se refería a Volodia, sus intentos de “protección” resultaban fallidos tratándose de los hijos mayores, especialmente de Susha, que había dejado de rezar, se negaba a

asistir a la iglesia y en los intervalos entre sus experimentos científicos cavilaba sobre los escritos de Písarev, Dobroliúbov y Chernishevsky.

Cuando estábamos en los cursos superiores —escribe Ana—, yo leí junto con Sasha todos los libros de Písarev, de la primera página a la última, y nos influyeron poderosamente [...]. Esos libros estaban prohibidos en las bibliotecas, pero nos los prestaba un médico conocido, que poseía la colección completa. Esos fueron los primeros libros prohibidos que leímos. Nos interesaron a tal grado que, cuando terminamos el último volumen, sentimos una gran tristeza al tener que separarnos de nuestro autor. Paseábamos por el jardín y Sasha me hablaba sobre el destino de Písarev, que murió ahogado. Se decía que el gendarme que lo seguía y lo vigilaba lo vio desaparecer entre las olas, pero se abstuvo deliberadamente de pedir auxilio y lo dejó morir. Yo me sentí profundamente conmovida [...]. Sasha, que caminaba a mi lado, se sumió en su silencio acostumbrado; sólo su rostro concentrado y ensombrecido denotaba cuán fuerte era también su emoción.

Sasha y Ana ya se habían hecho ateos por aquel entonces, pero ni discutían sobre ello con sus padres ni trataban de influir en su hermano.

La diferencia de edad —Sasha y Ana eran, respectivamente, cuatro y seis años mayores que Volodia— puede haber determinado en cierta medida su actitud. Como acertadamente señala Trotsky, Sasha y Ana se habían formado en la atmósfera relativamente liberal de los años 70, cuando los adultos hablaban más libremente de política; en los años 80 los padres eludían los temas peligrosos, de suerte que los hijos menores crecieron con menos conciencia de los mismos. Sasha, en todo caso, fue precoz en su desarrollo político; no así Volodia. Por el momento, y durante unos cuantos años, Sasha no perteneció a ningún círculo radical ni se mostró interesado en la política clandestina. Había resuelto dedicarse a la ciencia, y en ella se centraron todos sus pensamientos y ambiciones. En 1883 pasó sus exámenes finales con las mejores calificaciones y una medalla de oro: él también había sido el primer alumno de su clase, aun cuando su capacidad era menos conspicua que la de Volodia. Sus padres, a lo que parece, no tenían motivo de preocupación en cuanto a su futuro. Sin embargo, Ilia Nikoláievich abrigaba sus temores. Advertía intuitivamente una fuerte tensión moral en el muchacho, llena de peligrosas potencialidades. Y así, cuando en septiembre Sasha abandonó el hogar para ingresar en la universidad de San Petersburgo, le imploró que “se cuidara” y evitara las complicaciones políti-

cas. Sasha prometió seguir el consejo, y en realidad se proponía cumplir la promesa. Lo entusiasmaba la perspectiva de trabajar bajo la dirección de Mendeléiev, cuya Ley Periódica acababa de revolucionar la química. En todo caso, por aquel entonces la atracción de la actividad clandestina era muy débil en realidad. La *Narodnaia Volia* (Voluntad del pueblo), habiéndose agotado en su gran acto terrorista de 1881, había dejado de existir, y los esfuerzos por resucitarla habían resultado vanos. Quienes habían hecho esos esfuerzos, Vera Figner y Lopatin, acababan de caer en manos de la policía.

Y, sin embargo, la primera carta que Sasha escribió a su casa contenía un augurio. Había llegado a San Petersburgo poco después de la muerte de Turguénev; su cadáver había sido traído de Francia y la intelectualidad de la capital se preparaba para rendir su último homenaje al escritor. “Hoy tuvo lugar el sepelio de Turguénev”, informó a sus padres.

Fuimos con Ana y vimos el cortejo fúnebre: una masa de coronas y de gente y el féretro bajo un palio dorado cubierto de flores y guirnaldas. Pero fue imposible entrar en el cementerio [la policía impedía el acceso]. Quienes estuvieron presentes dijeron que sólo se pronunciaron cuatro oraciones fúnebres [los

oradores fueron: el rector de la Universidad de San Petersburgo, un profesor liberal-conservador de Moscú y dos hombres de letras relativamente poco importantes]. A nadie más se le permitió hablar.

Sasha relataba el incidente con parquedad, en el último párrafo de su carta, después de describir en forma detallada cómo se había establecido en San Petersburgo, qué habitación había tomado y cuánto pagaba por ella, dónde comía y cuántos kopeks costaba cada comida; no expresaba ninguna opinión acerca de lo que había ocurrido en el sepelio. Y, sin embargo, su lacónica oración: “A nadie más se le permitió hablar” estaba obviamente cargada de emoción. Turguénev había sido el autor favorito de los Uliánov y, en muchas ocasiones, la familia reunida había leído sus obras en voz alta; a todos les deleitaban la narración y el estilo.

La asistencia de Ana y Sasha al sepelio de Turguénev fue algo muy natural —no había en ello el menor indicio de “subversión”— y el mismo Ilia Nikoláievich probablemente habría acompañado a sus hijos al cementerio de Volkovo si hubiese estado entonces en San Petersburgo. Turguénev, conviene señalarlo, no había sido un revolucionario; ¿no había dicho que la Venus de Milo suscitaba en él menos dudas que los princi-

pios de la revolución francesa? Como liberal, se había querellado con los radicales. ¿Por qué entonces —deben de haberse preguntado Sasha y Ana— había asustado tanto al gobierno el homenaje que se le rendía, y por qué se había comportado con tanta estupidez y mezquindad? Esta pregunta habría de repetirse durante los meses siguientes en ocasiones semejantes, habría de exigir una respuesta y empujar a Sasha a la acción. Señalemos tan solo, de pasada, que fue en el cementerio de Volkovo donde la policía contuvo a la multitud que seguía al féretro de Turguénev. ¿Hubo en esto algún presagio? Tres años más tarde, acontecimientos similares acaecidos en el mismo cementerio habrían de dar a Sasha el impulso final hacia su breve y trágica lucha revolucionaria.

Por el momento, el incidente del 27 de septiembre no tuvo secuelas, Sasha estaba completamente inmerso en su actividad académica; en sus cartas a casa se mostraba satisfecho con las estimulantes lecciones de sus profesores y con los laboratorios bien equipados y las bibliotecas bien surtidas de la universidad. Sus intereses científicos se ampliaron para incluir la zoología y la biología además de la química. No escribía mucho a su familia, y sus cartas eran tan cortas y “secas” —describía principalmente las circunstancias externas de su vida cotidiana— que era imposible

adivinar sus sentimientos. Su callado afecto sólo se manifestaba en unos cuantos detalles: enviaba a casa periódicos que le interesaban a Ilia Nikoláievich, hurgaba las librerías para conseguir la música que Olga deseaba o ediciones baratas de las obras de Tolstoi, y regularmente hacía envíos de libros que podrían ser de utilidad para Volodia: “Le he mandado a papá el folleto sobre *Sofismas matemáticos* que él quería; creo que sería bueno que Volodia tratara de resolver por sí mismo esos sofismas. ¿Recibió él las traducciones alemanas que le envié?”⁵

Era evidente que llevaba una vida solitaria. “Estoy bien de salud”, reza un fragmento típico de una de sus cartas. “Vivo como antes, trabajando en el laboratorio hasta las seis. Por las noches generalmente no salgo.” Apenas si tenía amigos. Ana, que también estudiaba en San Petersburgo, era su compañera más asidua, pero ni siquiera ante ella dejaba de ser reservado; protegía celosamente su intimidad, de manera muy inusitada tratándose de un estudiante ruso. Cierto es que pertenecía a un *zemliachestvo*, especie de asociación de estudiantes provenientes de una misma provincia (o ciudad); incluso fue elegido miembro del consejo de estas sociedades, que

⁵ *Voprosy Istorii KPSS*, n. 6, 1966.

eran las únicas organizaciones estudiantiles toleradas aún por el gobierno. Indudablemente, bajo las apariencias de estas asociaciones de ayuda mutua, fundamentalmente apolíticas, existían unos cuantos círculos semiclandestinos de debate. Sasha se mantenía apartado de ellos y reprochaba su “chachareo interminable y hueco”. Su modo de vida solitario y poco comunicativo no tenía aún nada que ver con el sigilo de un revolucionario que labora clandestinamente; sencillamente era el adecuado a su carácter austero y ascético y a su concentración en la ciencia. Se negaba los placeres más simples y, dado que siempre comía en los restaurantes escolares, sólo gastaba una parte de la mensualidad que su padre le había asignado; cuando volvía a casa, devolvía calladamente los rublos que había conseguido ahorrar. Durante las vacaciones en Kokushkino se encerraba en una antigua cocina destartada que había convertido en laboratorio. Sus padres temían por su salud, pues se veía pálido y débil, y trataban de sacarlo de su “laboratorio” saturado de emanaciones y de hacerlo participar en los juegos al aire libre y las caminatas por el campo. Ilia Nikoláievich bromeaba llamándolo “nuestro filósofo” o “nuestro explorador”; Sasha cedía con renuencia, pero pronto volvía a sus experimentos.

Si bien el temor de que Sasha pudiera rebelarse contra la autoridad y acarrearle difi-

cultades a la familia parecía hasta entonces infundado, Ilia Nikoláievich sufrió sin embargo un golpe político de otra índole. En 1884 (no se conoce la fecha exacta) el Ministerio de Educación le informó que al año siguiente debía retirarse de su puesto. El mismo se hallaba, como liberal, en semidesgracia, y su actividad en la *gubernia* estaba amenazada desde arriba.⁶ Sólo tenía cincuenta y tres años, y esperaba permanecer activo hasta los sesenta. Pero el Ministerio había resuelto poner fin a la política educativa semiliberal que había iniciado bajo Alejandro II. El nuevo zar había decidido que los hijos de las clases inferiores estaban recibiendo más educación de la que convenía a la autocracia; no deseaba el establecimiento de más escuelas primarias en el país. La jurisdicción sobre las escuelas existentes debía pasar de los *zemstvos* relativamente esclarecidos a las parroquias y los sacerdotes, bajo cuyo control había estado la educación primaria antes

⁶ Los autores de memorias sobre la familia Uliánov sostienen que "cuando Ilia Nikoláievich tenía en su haber más de veinticinco años de servicios, el Ministerio no le concedió más que un año adicional, en tanto que a la mayoría de los funcionarios de alta categoría se les concedían normalmente cinco años más". Sin embargo, en 1884 Ilia Nikoláievich no tenía en su haber veinticinco años de servicios: habían transcurrido casi treinta años desde que había ocupado su primer puesto de maestro en una escuela privada en Penza, y un poco más de veinte desde que se había trasladado a Kazán, pero sólo quince desde que ingresara en el servicio gubernamental en Simbirsk.

de las reformas de los años 60. Los programas de enseñanza habrían de ser drásticamente recortados de suerte que las escuelas no inculcaran en los niños campesinos una excesiva capacidad de pensar. Esta contrarreforma era parte integrante de una reacción general contra la época semiliberal. Los elementos feudales y más atrasados de la aristocracia terrateniente estaban empeñados en un decidido esfuerzo por recobrar el dominio absoluto sobre el campesinado y por erradicar el espíritu de progreso europeo, es decir, burgués, que había prevalecido en el Estado y la sociedad casi un cuarto de siglo. Habían encontrado un aliado en el nuevo zar, a quien convencieron fácilmente de que Alejandro II había sido víctima de su propio liberalismo e incitaron a vengar la humillación de la dinastía y a gobernar con mano de hierro. El principal consejero del zar, J. P. Pobedonostsev, quien era también Procurador del Santo Sínodo, exclamó en un Consejo de Ministros:

Esto podría ser el *finis Russiae* [...] Hay quienes quisieran que promulgáramos una constitución [...] una falsedad que [...] como nos lo demuestra Europa occidental, es el instrumento de toda materia [...] [esto sería] nuestra desgracia y nuestra perdición [...] Rusia ha sido fuerte gracias a la autocracia [...] y ellos

proponen establecer una asociación de charlatanes, algo como los Estados Generales franceses. Aun ahora padecemos demasiadas asociaciones de charlatanes que se hallan sólo bajo la influencia de periódicos ignominiosos e indignos, que inflaman las pasiones populares.

Los *zemstvos* y las municipalidades, encabezados por “gente inmoral y disoluta”, eran tales “asociaciones de charlatanes”; también lo eran los tribunales —las asociaciones de charlatanes de los abogados— y a ellos se debía que los crímenes más terribles quedaran sin castigo, y encima de todo ello se había concedido libertad a la prensa, la más horrible de todas las “asociaciones de charlatanes”.

Y esa grande y sagrada idea de la emancipación de los campesinos, ¿adónde ha conducido? [...] los campesinos han recibido la libertad, pero ninguna autoridad ha sido instituida sobre ellos; y sin tal autoridad la masa de los ignorantes no puede vivir.

Por supuesto, ya era demasiado tarde para restaurar plenamente la servidumbre, pues ello era incompatible con el desarrollo de la economía capitalista y el riesgo de una guerra campesina era demasiado grave. Con todo, se impuso una semi-

rrestauración de la servidumbre. Los campesinos quedaron atados a sus trabajos y los terratenientes quedaron una vez más en libertad de azotarlos a voluntad. Las “asociaciones de charlatanes” fueron silenciadas. Los gobernadores del zar y la policía recuperaron el control de la judicatura. Las universidades fueron despojadas de toda autonomía: de entonces en adelante la designación de los rectores y profesores quedó en manos del Ministerio. Las organizaciones estudiantiles, las sociedades amistosas de los *zemliachestvos*, fueron prohibidas. La literatura “subversiva”, las obras de los autores más tímidamente liberales —rusos y europeos occidentales— fueron sacadas de las bibliotecas. El pernicioso fermento de ideas que había ido transformando lentamente a Rusia había de tocar a su fin. La intelectualidad debía inclinarse sin chistar ante la autocracia, la ortodoxia el chovinismo gran-ruso y el paneslavismo.

Así, todas las esperanzas en que Ilia Nikoláievich había fundado su vida y su obra quedaron destrozadas; y su convicción de que podía “servir lealmente al zar y al pueblo” resultó ser una patética falacia. Habían pasado diez años desde que el fracaso de los *naródniki* había reafirmado su creencia de que su manera de “ir al pueblo” amparado en la autoridad del zar era la única razonable. Ahora se veía derrotado mucho más abrumadoramente que los *naródniki*, pues ellos

cuando menos habían actuado como precursores de la revolución cuyo fracaso había hecho que sus sucesores volvieran los ojos hacia otros métodos de lucha revolucionaria, en tanto que él, el funcionario público liberal-conservador, había desembocado en un callejón sin salida. Ilia Nikoláievich tal vez no haya estado cabalmente consciente de esto, pero sintió la derrota en lo más íntimo de su ser. Probablemente aún culpaba a los revolucionarios por haber provocado la presente reacción: no podía advertir que aquéllos representaban una necesidad histórica mucho más importante que ellos mismos. Con todo, ni siquiera sus “excesos” podían justificar ante Ilia Nikoláievich una represión tan burda, encarnizada y bárbara, a la que él no podía avenirse. El mismo se sentía demasiado herido para ello. Durante sus quince años en Simbirsk había fundado 450 nuevas escuelas, y el número de alumnos en la *gubernia* se había duplicado. Y ahora se le daba a entender que esa labor, en la que él había puesto toda su mente y su corazón, no era apreciada y que él ya no tendría nada más que ver con sus escuelas. También tenía, por supuesto, razones personales para sentirse preocupado: la perspectiva de la inactividad lo aterraba y la inseguridad de su familia lo inquietaba: no tenía recursos económicos y su pensión sería insuficiente. Cierto era que sus amigos todavía trataban de persuadir

al Ministerio de que lo dejaran en su puesto. Pero el ministro habría de tardar un año en decidirse, y para Ilia Nikoláievich ése fue un año de tensión y mortificación. Cuando por fin se llegó a una decisión favorable --el ministro acabó por confirmarlo en su empleo durante otros cinco años--, Ilia Nikoláievich era ya un hombre moralmente destruido. Y, en todo caso, la decisión del ministro sólo le ofrecía un escaso consuelo: para él era tan humillante seguir trabajando bajo las nuevas circunstancias como ser despedido. La política del gobierno no le dejaba margen al educador liberal, y todo lo que él podía hacer ahora era contemplar con impotencia el triunfo del oscurantismo que se desbordaba sobre las escuelas creadas por él.

Ilia Nikoláievich trató de ocultar sus sentimientos a sus hijos. “Sólo más tarde comprendí”, escribe Ana, “cuánta aflicción le causó todo esto a papá y en qué medida precipitó el fatal desenlace de su vida”. Ella describe cómo en 1885, viajando a casa desde San Petersburgo para pasar con los suyos las vacaciones de Navidad, se detuvo en Syzran, la última estación ferroviaria antes de llegar a Simbirsk, y se encontró allí con su padre, que regresaba a caballo de la que habría de ser su última inspección de la *gubernia*. En la descripción de Ana, Ilia Nikoláievich aparece como un Don Quijote que cabalga de regreso a su

casa por última vez, derrotado y clarividente después de todas sus batallas y peregrinaciones. No quedaban en él rastros de su vitalidad y optimismo.

Recuerdo que inmediatamente me asaltó la impresión de que papá había envejecido en forma acentuada y estaba mucho más débil que en el otoño; esto era menos de un mes antes de su muerte. Recuerdo también que se sentía extrañamente desanimado: me contó con descorazonamiento que el gobierno propendía ahora a construir sólo escuelas religiosas y parroquiales para remplazar con ellas a las escuelas de los *zemstvos*. Esto significaba la destrucción de todo el trabajo de su vida.

El derrumbe de sus esperanzas se le hizo más evidente aún a Ilia Nikoláievich a través de las cartas de Sasha, en las que éste describía cómo la mano de hierro oprimía a las universidades. Después de la disolución de los *zemliachestvos*, los estudiantes fueron objeto de amenazas de expulsión de la universidad por haber pertenecido a aquéllos. Sasha intuyó que su padre estaba preocupado, especialmente en vista de que los periódicos publicaban noticias sobre la situación en Kíev y Moscú, donde los estudiantes protestaban contra las nuevas disposiciones y reglamentos. Se

apresuró a tranquilizar a Ilia Nikoláievich: “Probablemente te sientes alarmado al leer las informaciones sobre los desórdenes en las universidades de Kíev y Moscú. Aquí las cosas todavía están tranquilas. . .” Pero aun estas palabras eran ominosas, al sugerir que también en San Petersburgo se estaban incubando dificultades. De cuando en cuando Sasha informaba sobre los despidos o renunciaciones de profesores y conferenciantes sospechosos de oponerse a las ideas de Pobedonostsev, especialmente al paneslavismo oficial. Uno de ellos fue F. M. Dimitriev, un historiador de derecho ruso, que había sido colega y, al parecer, amigo de Ilia Nikoláievich en Simbirsk. Sasha todavía “se cuidaba” y no expresaba opiniones propias, salvo algún comentario ocasional en el sentido de que tal o cual catedrático despedido era, “por cierto, muy buen profesor”. Pese a toda su moderación, estas misivas eran parte de una controversia entre padre e hijo, desarrollada por medio de alusiones y sugerencias. Las concepciones de Sasha no llegaban a cristalizar aún; y, sin embargo, cada una de sus cartas contenía indicios de que iba tomando partido por aquellos que se hallaban en conflicto con la autoridad. Ilia Nikoláievich sólo podía conjeturar en qué dirección iban desplazándose los pensamientos y los sentimientos de su hijo, y ya no le quedaban argumentos para detener ese desplazamiento.

Asediado por esa pesadumbre pasó Ilia Nikoláievich las últimas semanas y los últimos días de su vida. El final de diciembre y todo enero se mantuvo ocupado con el febril trabajo de preparación de los informes anuales. Un colega, V. Nazarev, recuerda que “a comienzos de enero de 1886 trabajaba desde la mañana hasta la noche en su complicado informe” y “el 12 de enero, a las tres de la tarde, fatigado por su trabajo, dejó de lado la pluma [...]”. Hacía ya algunos días que se sentía enfermo; nadie, sin embargo, sospechó que aquello era algo más que un malestar pasajero.

No se le prestó suficiente atención a la enfermedad; papá seguía de pie, continuaba trabajando y recibía las visitas de sus compañeros de trabajo, otros inspectores escolares. El 12 de enero apenas si pudo dormir. Yo estaba a su lado y me pidió que le leyera algunos documentos. Pero noté que cierta confusión se apoderaba de él y que el habla le fallaba, y lo convencí de que suspendiéramos la lectura.

Al día siguiente no se sentó a la mesa con la familia, diciendo que no tenía apetito, pero

se acercó a la puerta y nos miró (“como si hubiese venido a despedirse”, dijo mamá des-

pués). Fue a acostarse en el sofá en su estudio [...] a eso de las cinco mamá nos llamó, alarmada, a Volodia y a mí. Era evidente que papá estaba muriendo. Se estremeció varias veces y después quedó completamente inmóvil.

Sólo tenía cincuenta y cinco años y, según la opinión de los médicos, su muerte fue causada por una hemorragia cerebral (Lenin habría de morir del mismo mal a los cincuenta y cuatro años). Su hija Ana sugiere, en forma un tanto vaga, que su enfermedad era probablemente un padecimiento cerebral que no fue diagnosticado con acierto; también sostuvo que la tensión psicológica y nerviosa a que había estado sometido Ilia Nikoláievich apresuró su muerte. (La misma combinación de tensión moral y enfermedad habría de caracterizar también el último periodo de la vida de Lenin.)

El sepelio fue dispuesto con toda la pompa y ceremonia debida al rango del difunto, con toda la abundancia ortodoxa griega de lamentaciones e incienso. V. V. Kashkadamova, amiga de la familia y aya de los niños, recuerda que la casa se llenó de gente y que Mitia (Dimitri), el más pequeño de los Uliánov, al que los adultos habían tratado de mantener apartado del tumulto, llegó corriendo y exclamó con excitación: “¡Este es el quinto servicio de difuntos que se celebra hoy

aquí! ” María Alexandrovna se mantuvo junto al féretro, “pálida, tranquila, sin lágrimas ni lamentos”. Según la *Simbirskie Gubernskie Vedomosti*, “una inmensa multitud” había llenado la calle frente a la casa de los Uliánov cuando el féretro “fue sacado por el segundo hijo (Vladímir) y los colegas y amigos más íntimos del difunto”. (Esta fue probablemente la primera vez que un periódico mencionó al futuro Lenin.) En el cementerio, en el recinto del convento de Pokrovsky, los cantos y las oraciones fúnebres fueron interminables; y la tumba quedó cubierta de guirnaldas y coronas con inscripciones como ésta: “De los maestros parroquiales de la ciudad de Simbirsk, agobiados por la prematura pérdida de un dirigente y padre.” En las descripciones de la escena en el cementerio se destaca la figura silenciosa y sin lágrimas de la viuda que, como observa Kashkadamova, “se replegó en sí misma, se apartó de la sociedad y las amistades y se dedicó más intensamente aún a su familia”. Las duras realidades de su viudez se le impusieron de inmediato, Iliá Nikoláievich había dejado a su familia sin un centavo; aun el día antes del entierro María Alexandrovna tuvo que solicitar una pensión para sí misma y para sus “cuatro hijos pequeños”. Cuando transcurrieron más de tres meses sin recibir respuesta, volvió a dirigirse a “Su Excelencia” el Administrador del Distrito de

Kazán, el Consejero Confidencial Porfirý Nikoláievich Maslennikov, escribiendo:

Mi marido, Ilia Nikoláievich Uliánov, trabajó en el servicio educativo durante más de treinta años [...] él murió y yo he quedado sin recursos, con cuatro hijos pequeños que asisten a la escuela y dos más que estudian en instituciones de enseñanza superior. Tengo que mantenerlos a todos. Aunque mi marido tenía derecho a una pensión, no la he recibido todavía, y por eso me permito preguntar a usted de la manera más respetuosa si no sería posible que yo recibiera un solo pago de asistencia.

Una semana más tarde reiteró su “humilde petición”, diciendo que posiblemente pasaría algún tiempo antes de que recibiera la pensión, pero entretanto tenía que vivir,

pagar el dinero que tomé prestado para el entierro de mi marido, mantener a los hijos, sostener una hija que sigue los cursos pedagógicos en Petersburgo y un hijo mayor que se graduó del *gymnasium* de Simbirsk con una medalla de oro y cursa ahora el tercer año en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Petersburgo, donde trabaja con buen éxito y

acaba de recibir una medalla de oro por la tesis que ha presentado. Espero que, con la ayuda de Dios, será en el futuro un sostén para mí y para sus hermanos y hermanas menores, pero por el momento él y mis otros hijos aún necesitan mi ayuda [. . .]

Finalmente ella y sus hijos recibieron una pensión conjunta de 1 200 rublos al año. Esto no era suficiente para sufragar los gastos de la familia y María Alexandrovna tuvo que rentar la mitad de su casa a varios inquilinos.

Vladímir tenía casi dieciséis años cuando murió su padre; era el mayor de los hijos de los Uliánov en Simbirsk. Sasha no había asistido a los funerales. La noticia le llegó con cierto retraso, cuando estaba preparando los exámenes cuyos resultados le valieron la medalla de oro que María Alexandrovna había mencionado con tanto orgullo en su petición a las autoridades educativas.⁷ Algunos biógrafos ven en esta ausencia un indicio de distanciamiento respecto de su familia; uno o dos autores de memorias, en cambio, recuerdan cómo lo conmovió y deprimió la muerte de su padre y cómo una semana más tarde, aproximadamente, recobró exteriormente el dominio de sí y reanudó

⁷ La tesis de Alexander que mereció esa distinción versaba sobre "Los órganos segmentarios y reproductivos de los anélidos de agua dulce".

su trabajo. Ana permaneció en Simbirsk durante dos meses, pero a instancias de su madre regresó a Petersburgo a continuar sus estudios. Y así Volodia tuvo que actuar *in loco parentis*. Pero el infortunio de la familia no perturbó por lo demás su animada adolescencia. Por el contrario, la desaparición de la autoridad paterna lo liberó de inhibiciones y lo hizo aún más voluntarioso que antes. “Volodia”, dice su hermana Ana,

se encontraba en esa edad de transición en que los muchachos son especialmente rudos y agresivos. Esto se hizo más evidente aún en él —que siempre había sido más bien brusco y seguro de sí— ahora que papá faltaba [...] Recuerdo cómo me inquietaba el áspero comportamiento de Volodia.

En el verano la familia se reunió como de costumbre, primero en Simbirsk y después en Kokushkino. Ese habría de ser el último verano que Sasha pasaría con todos ellos. Se mostró reservado y, como de costumbre, gustaba de encerrarse en su “laboratorio” o embeberse en la lectura de un libro del que nadie en la familia había oído hablar hasta entonces: *El Capital* de Karl Marx. A pesar de la reserva de Sasha, todos notaron también cierto distanciamiento entre él y Vladímir. Ana relata que una vez le preguntó

directamente a Sasha la opinión sobre su hermano menor, y aquél le respondió: “No cabe duda de que es un joven muy capaz, pero no nos llevamos bien (o puede haber dicho: no nos entendemos en absoluto); no recuerdo el matiz exacto, pero sí recuerdo que dijo eso firme y categóricamente.” Sasha no quiso hablar más sobre el asunto, pero Ana comenta que

el desdén y la falta de respeto de Volodia, especialmente hacia mamá, a quien empezó a responderle como nunca se habría atrevido a hacerlo mientras papá vivía, su impertinencia y su sarcasmo [...] le eran absolutamente chocantes [a Sasha] [...] quien reaccionaba con enojo [...]

Y, sin embargo, el joven Vladímir sentía un inmenso respeto por su hermano mayor y desde la infancia trató de imitarlo. ¿Era su intratabilidad una especie de compensación al reconocimiento de que su ideal no estaba aún a su alcance? ¿Era su actitud voluntariosa tan sólo el reverso del escudo que lo protegía de una aguda frustración?

Para Sasha, aquél fue un año decisivo. Su estado de ánimo era más circunspecto que de costumbre, y las salidas de tono de Volodia lo irritaban más aún. Sasha también había quedado

ahora, después de la muerte de su padre, liberado de ciertas inhibiciones, pero de una manera muy propia. Su mente se desvió decididamente de las preocupaciones puramente científicas a las cuestiones sociales y políticas. Ya no podía escapar de la atmósfera asfixiante del oscurantismo y el terror, que lo invadían todo, refugiándose en las aulas y los laboratorios de la universidad. Apenas dos semanas después de terminar su tesis sobre las características de los anélidos de agua dulce, se vio envuelto, el 19 de febrero, en un suceso político de considerable importancia: fue uno de los organizadores de una manifestación estudiantil convocada para conmemorar a los adalides de la Gran Reforma en el vigesimoquinto aniversario de ésta. Como señala Trotsky, el propósito de la manifestación era sumamente modesto en sí mismo. La Gran Reforma, después de todo, había sido denunciada por los *naródniki*, los *narodno-voltsi* y todos los radicales como un paliativo y un fraude. Hasta hacía muy poco tiempo sólo los liberales-conservadores la habían considerado un hito en el camino del progreso o un acontecimiento de gran magnitud histórica. El simple hecho de que una nueva generación de estudiantes estuviera dispuesta a conmemorarla y a glorificarla en cuanto tal, sólo reflejaba un marcado descenso del alto nivel de crítica social y aspiraciones políticas que había existido en

los años 60 y 70. Sin embargo, en medio de la encarnizada reacción contra la época de la Gran Reforma que caracterizaba al régimen de Alejandro III, el plan de los estudiantes parecía un acto de extrema oposición al gobierno. Todos lo juzgaban así: los estudiantes deseosos de romper el opresivo silencio que reinaba en Petersburgo; los conservadores que trataban de anular la Reforma; y el propio zar que veía la hidra del regicidio alzar la cabeza bajo el pretexto de rendir homenaje al reinado de su padre. Los estudiantes, en realidad, no convocaron ningún mitin de masas o manifestación de calle; su plan consistía en celebrar un acto conmemorativo en el cementerio de Volkovo, escenario del sepelio de Turguéniev casi tres años antes. Una vez más, Alexander Uliánov no tenía que ser un revolucionario, ni siquiera un ultraradical, para sentirse atraído por la idea (sólo unos cuantos años antes, aun su padre tal vez habría deseado participar en un homenaje a los adalides de la Gran Reforma). La transición del liberalismo moderado al radicalismo, y del radicalismo a la acción revolucionaria, se estaba produciendo en una secuencia lógica pero casi imperceptible.

El 19 de febrero se congregaron unos 400 estudiantes en el cementerio; pero, una vez más, la policía y la gendarmería, movilizadas en masa, les impidieron la entrada. Los estudiantes se

indignaron; se dio la alerta al gobierno. Las autoridades, que habían suprimido todas las organizaciones estudiantiles, no supieron precisar dónde se había originado el impulso para la acción ni quiénes eran sus iniciadores; y llegaron a la conclusión de que la supresión no había sido suficiente. A principios de abril, el jefe de la policía de la capital ordenó la clausura de todos los comedores estudiantiles, pues ¿dónde, si no en aquellos establecimientos donde se comía por poco dinero, podían haberse reunido para conspirar los “flacos, hambrientos y salvajes antitodo”? ⁸ Estas represalias, ridículas y todo, tuvieron su efecto: a los descontentos se les hizo más difícil comunicarse entre sí, y los espíritus más audaces quedaron aislados de la gran masa de los intimidados y los temerosos. Ello no obstante, dentro del pequeño círculo al que Sasha había sido atraído casi a pesar suyo, la exasperación estimuló el pensamiento político radical: no fue accidental que, aquel mismo verano, Sasha llevara consigo a Kokushkino un ejemplar de *El Capital*.

No era fácil obtener los escritos de Marx en el San Petersburgo de aquellos años. Sin embargo, un cliente de confianza podía comprar un ejemplar por debajo del mostrador, por decirlo así, en alguna pequeña librería de viejo. *El socialismo y*

⁸ Sasha informó sobre este hecho en una carta a su casa fechada el 7 de abril de 1886.

la *lucha política* o *Nuestras controversias*, de Plejánov, publicados en el extranjero sólo un par de años antes, también se podían adquirir de esta manera o tomándoselos prestados a un discípulo; y Sasha había leído cuando menos uno de estos libros antes de sus vacaciones de verano o un poco después. Plejánov venía delineando nuevas perspectivas para la lucha en Rusia: había destruido las ilusiones populistas en cuanto al socialismo campesino, y aun cuando había criticado severamente a los *narodnovoltsi*, con los cuales había roto vínculos, rendía tributo a su comprensión de la necesidad de una lucha política contra el sistema autocrático; y concluía, por supuesto, con su predicción de que también en Rusia la clase obrera industrial sería la principal fuerza impulsora de la revolución venidera. Entre los pocos estudiantes con quienes Alexander podía discutir estos asuntos, algunos se calificaban ya de socialdemócratas y plejanovistas, en tanto que otros seguían indentificándose con los *naródniki* o los *narodnovoltsi*. Alexander parece haber estado lidiando con estos problemas e, impresionado por la insistencia de Plejánov en que la teoría marxista era tan aplicable en Rusia como en Europa occidental, decidió estudiar la teoría en sus fuentes. No cabe duda de que *El Capital* tuvo un impacto abrumador en él. Lo discutió con Ana y más tarde con sus compañeros. Pero el

efecto de las ideas de Marx y de Plejánov en él fue en cierto sentido negativo. Perdió sus ilusiones en cuanto a la eficacia de los *naródniki*; comprendió que la concepción de un socialismo fundado en la comuna aldeana carecía de realismo; que el sistema autocrático en Rusia no podía ser derrotado mediante unos cuantos atentados terroristas contra el zar; pero no veía cómo podrían traducirse en acción inmediata la teoría de Marx o el razonamiento de Plejánov. La perspectiva de una revolución llevada a cabo por la clase obrera industrial era demasiado remota. La industrialización de Rusia apenas comenzaba, y los pocos obreros fabriles que podían hallarse en Petersburgo u otros lugares no eran todavía capaces de desempeñar ningún papel en la vida política de la nación, aun cuando algunos individuos entre ellos se sentían ya atraídos por el socialismo y declaraban una huelga aquí o allá. Los campesinos, sumidos en la desesperanza y la impotencia, sufrían la semirrestauración de la servidumbre; la intelectualidad, es decir, aquel sector que no seguía simplemente a Pobedonostsev y a los pan-eslavistas, carecía de toda aspiración política y se sentía aterrorizada y desmoralizada por todos los fracasos de los movimientos radicales. El sistema autocrático había llegado a ser insoportable, pero no había en la sociedad ninguna clase capaz de desafiarlo, no se diga ya de destruirlo.

Tales eran las claras conclusiones a que había llegado el joven —acababa de cumplir los veinte años— después de sus discusiones en Petersburgo y de su lectura de *El Capital* en el verano. Sólo unos meses después habría de enunciar esas ideas con cruel lucidez, desde el banquillo de los acusados. Sabía que la nación se hallaba políticamente en un callejón sin salida; que nada podía hacerse por el momento para cambiar ese estado de cosas, excepto trabajar con vistas al futuro difundiendo nuevas ideas desde el extranjero, como hacía Plejánov; sabía que los revolucionarios que trataban de reanudar la lucha dentro de Rusia estaban condenados al fracaso. A él sólo le quedaba dejar de lado los insolubles dilemas políticos y volver a la labor académica. Las ideas de Mendeléiev podían desarrollarse y aplicarse en Rusia; las de Marx no. Su abatido estado de ánimo durante sus últimas vacaciones de verano con la familia parece haberse debido a su íntima abstención de la acción revolucionaria y no, como supone su hermana, a su decisión de lanzarse a ella. Esa era probablemente la razón de la suma reticencia, “inusitada aun en él”, que ella observó; menos aún que antes se mostraba dispuesto a comunicar sus pensamientos políticos, ni siquiera a ella, de cuya simpatía y comprensión podía estar seguro. No es propio de la naturaleza de un revolucionario confiarle a nadie su frustración y

su abatimiento. Si Sasha hubiera llegado a otras conclusiones, más esperanzadas, difícilmente habría dejado de participárselas a Ana. Tampoco hizo el menor intento de influir en Volodia.

Durante aquel verano, debido a las limitaciones que imponían las circunstancias, los hermanos vivían juntos en una habitación; mientras Sasha se entregaba a la lectura de *El Capital*, Volodia, acostado en un diván, leía y releía todas las novelas de Turguéniev, se entusiasmaba con ellas, pero no mostraba el menor interés en el libro que acaparaba la atención de su hermano. Volodia visitaba con frecuencia a su condiscípulo Apolón Apolonovich, hijo de terratenientes ricos y nobles que poseían una gran biblioteca. Volodia solía trepar hasta los estantes más altos y, sentado en el tope de una pequeña escalera, leía y leía interminablemente. Regresaba a casa desbordante de entusiasmo por lo que acababa de leer. Su mente estaba entregada a la poesía y la narrativa, nada más importaba. Sasha nunca trató de despertar en él interés alguno por la economía o la política, aunque nada habría sido más natural para un revolucionario fervoroso y esperanzado. La diferencia de edad entre ellos no representaba ya un impedimento: el adolescente de dieciséis años “excepcionalmente capaz” habría sido sin duda lo bastante inteligente para aprender siquiera en parte las ideas que preocupaban a su hermano.

Por entonces tenía ya la madurez suficiente para ayudar a su hermana Ana, mucho mayor que él, con el latín que ésta necesitaba para su examen y para demostrarle que el plan de estudios del *gymnasium*, que normalmente abarcaba ocho años, podía cursarse, mediante una enseñanza racional, en uno o dos años. Además, le estaba dando lecciones, con regularidad, a un maestro de la escuela chuvasha local, padre de una familia numerosa, que se preparaba para ingresar en la universidad. Seguramente, entonces, las grandes cuestiones que constituían el meollo de las controversias radicales del momento no se hallaban fuera del alcance de su comprensión. El disgusto que inspiraba a Sasha el carácter abrupto y los malos modales de Volodia tampoco alcanza a explicar su retraimiento y su reserva. El comportamiento de Volodia era, como dice su hermana, un síntoma de la rebeldía adolescente que lo llevaba a “rechazar” la autoridad y los valores morales del mundo adulto; ya se decía ateo y seguía burlándose de la estrechez de criterio y la estupidez de algunos de sus maestros. Es durante este periodo cuando el joven es más receptivo a las influencias radicales o revolucionarias; si Sasha, ello no obstante, se negaba a orientar a su hermano, era porque él mismo se sentía confundido y no podía ver claramente el camino a seguir. ¿Qué sentido tenía interesar a Volodia, o

incluso a Ana, en las cuestiones sociales y políticas si ello habría de conducirlos a la frustración? En consecuencia, prefería ocultarles su propia ofuscación.

A principios del otoño regresó a Petersburgo, tenso, perplejo y pensando en mantenerse alejado de la política. Pero no pudo volverle la espalda al círculo de estudiantes radicales con los que simpatizaba y en cuyas discusiones desempeñaba un papel cada vez más importante: habría sido una deserción. En octubre fue elegido secretario de la Sociedad Literaria y Científica de la Universidad, que contaba con el apoyo de las autoridades académicas. Todavía no era miembro de ninguna organización clandestina, y en la universidad, a lo que parece, no existía nada que pudiera llamarse tal. No está claro, por consiguiente, de quién partió la iniciativa para la siguiente manifestación política, la última en que Alexander habría de participar. Esta tampoco habría de ser nada más subversivo que un acto conmemorativo en el cementerio de Volkovo el 17 de noviembre, con motivo del vigesimoquinto aniversario del fallecimiento de N. A. Dobroliúbov.

El hecho de que los jóvenes peregrinaran con tanta persistencia al cementerio para expresar su anhelo de una vida más libre frente a las tumbas de los luchadores del pasado, y de que Volkovo fuera el escenario de las tres manifestaciones en

que participó Alexander Uliánov, era prueba elo-
cuente de la profundidad de la depresión moral y
política imperante en aquellos años. Con todo,
esta conmemoración representaba un desafío
mucho más explícito que los anteriores al zarismo
y sus aliados seudoliberales: Dobroliúbov, a quien
Marx había descrito como el Lessing o el Diderot
ruso, había sido un revolucionario, un inspirador
del movimiento populista, un crítico severo del
anémico liberalismo ruso y un enemigo indomable
de la autocracia. Desde el homenaje a Turguénev
en 1883 y la conmemoración de la Gran Reforma
en 1886, hasta la manifestación en honor de
Dobroliúbov, una evolución radical había ocurri-
do en el pensamiento de los organizadores. Las
autoridades tenían conciencia de ello y reacciona-
ron con mayor determinación que hasta entonces.
Cuando una muchedumbre de estudiantes consi-
derablemente más numerosa que todas las anterio-
res —seiscientas personas según algunas fuentes,
más de mil según otras— se congregó frente al
cementerio, encontró cerradas las puertas del mis-
mo. Se anunció que el propio jefe de la policía
había prohibido el acto. Al emprender el regreso,
los estudiantes se vieron rodeados por un desta-
camento de cosacos y muchos de ellos fueron
aprehendidos. Cuarenta estudiantes fueron expul-
sados de la Universidad y deportados de San
Petersburgo. Esta acción punitiva contra un grupo

tan grande de estudiantes, a los que ni siquiera se podía acusar de haber cometido algún delito, suscitó una gran indignación. Sus compañeros se sintieron obligados a protestar. Alexander Uliánov redactó una carta que denunciaba las represalias, la prohibición de la manifestación y el empleo de los cosacos contra los estudiantes. La carta fue multicopiada y enviada a profesores universitarios, escritores de prestigio, directores de periódicos y abogados. Ni una sola de las cartas, sin embargo, llegó a su destino. La policía había logrado interceptarlas todas, lo cual indicaba hasta qué grado la censura intervenía toda correspondencia privada. Esto desesperó a la mayoría de los estudiantes al demostrarles que aun las más limitadas y cautelosas exhortaciones a la opinión pública eran fútiles. Los estudiantes no podían hacerse escuchar en la universidad, donde se les prohibió efectuar una asamblea; se les había impedido usar el cementerio como lugar de veneración secular; y la policía había metido su mano ubicua hasta en los buzones para evitar que su protesta llegara incluso a la pequeña élite de la intelectualidad.

Algunos críticos, entre los cuales figura Trotsky, sostienen que el grupo con el que estaba relacionado Alexander Uliánov no había hecho ningún intento de expresar sus ideas para atraer la atención de alguna clase social antes de poner en

marcha su conspiración terrorista. Esta apreciación no es correcta, pues habían hecho el intento en repetidas ocasiones y en cada una de ellas su esfuerzo había sido frustrado. Todos los medios de comunicación con sus conciudadanos se les habían cerrado. A este respecto, su situación era mucho peor que la de los *naródniki* y los *narodnovoltsi*, quienes, durante el reinado de Alejandro II, habían gozado de cierta libertad de movimientos que, restringida y todo, les permitió establecer algunos vínculos con el campesinado e influir en un sector de la intelectualidad. Alexander Uliánov y sus compañeros trabajaban en condiciones que no diferían mucho de las que habían prevalecido bajo el régimen de Nicolás I, treinta o treinta y cinco años antes, cuando la censura y el terror silenciaron efectivamente el más leve susurro de ideas desautorizadas. En estas circunstancias, los estudiantes juzgaron que la conspiración era la única salida: la alternativa era resignarse a la total pasividad. Imposibilitados de expresar su protesta desde alguna tribuna pública, ni siquiera mediante una carta privada, resolvieron hacerla escuchar de otra manera y de buscarle resonancia por medio de la bomba y el revólver.

Alexander Uliánov estaba consciente de que eso era un consejo de la desesperación. Durante las últimas semanas del año arguyó aún contra la trama, diciendo que era absurdo, e incluso suici-

da, comprometerse en cualquier actividad política sin antes haber aclarado los principios en que ésta debía fundarse. Sentía la necesidad de un mayor trabajo teórico y de una definición más precisa de los objetivos y los medios. Esto parece demostrar que era intelectualmente más maduro que el resto de los conspiradores en ciernes, aún cuando la mayoría de éstos eran tres o cuatro años mayores que él. Pero ellos respondieron a sus escrúpulos con un argumento de peso: ¿hemos de sentarnos con los brazos cruzados mientras nuestros compañeros y amigos son reprimidos, y mientras la nación en general es oprimida y embrutecida? Dedicarse ahora, decían, a la elaboración de principios teóricos equivaldría a una capitulación. Cualquier fariseo es capaz de teorizar; el revolucionario tiene que luchar. Esta era, por supuesto, la voz de la inexperiencia y la impaciencia, la voz de la juventud. El sentido del honor revolucionario de Alexander era sensible al argumento, y, contra lo que le dictaba su mejor criterio, cedió: no, él no se sentaría con los brazos cruzados.

Era ya enero de 1887 cuando los conspiradores formaron el grupo clandestino que se proponía atentar contra la vida del zar. Quince personas, en total, participaron en la trama: nueve estudiantes, un graduado de la Academia de Teología de San Petersburgo, un farmacéutico, un hombre de ocupación indefinida y tres mujeres (dos parteras y

una maestra de escuela). La debilidad del grupo era tan obvia, incluso para sus propios miembros, que éstos no pretendieron constituir un nuevo partido, contentándose con describirse simplemente como “la sección terrorista” de la *Narodnaia Volia*. Se veían a sí mismos como los continuadores de la obra de Andrei Zheliábov, Sofía Peróvskaia y Nikolai Kibálchich, los asesinos de Alejandro II.⁹ El jefe del grupo era Piotr Shevírev, un estudiante de veinticuatro años, y sus miembros más enérgicos eran Uliánov y Osipánov. Dos polacos estaban implicados también en la trama: Josef Lukashévich, estudiante de geología, y Bronislaw Pilsudski, hermano del futuro dictador polaco, el mariscal Josef Pilsudski. Uno de los organizadores, Orest Govorujin, al sospechar que la policía lo vigilaba, huyó al extranjero aun antes de que la “sección terrorista” quedara organizada. Shevírev y Uliánov tenían ciertas discrepancias. Uliánov exigía una investigación más cuidadosa sobre el carácter y los antecedentes de los miembros y favorecía una reducción mayor aún del círculo. Sus proposiciones fueron derrotadas; dos de los participantes, admitidos a pesar de sus objeciones, hubieron de ceder más tarde a la presión policiaca y delataron a sus compañeros.

⁹ En la conspiración de 1881 participaron sólo treinta y seis personas. Pero su acción fue preparada durante mucho más tiempo y en circunstancias más favorables.

Resulta tentador advertir en la actitud de Alexander una anticipación de la restrictiva concepción de Lenin en cuanto a la composición de un partido clandestino, el famoso Párrafo 1 de los estatutos del partido que desembocaría, dieciséis años más tarde, en la histórica escisión entre bolcheviques y mencheviques. La analogía puede ser exagerada, pues las circunstancias en que actuaron los dos hermanos y el contexto en que razonaron era enormemente diferente; pero es muy posible que los recuerdos del trágico colapso de la organización a que perteneció Alexander hayan influido de algún modo en la manera como su hermano menor habría de tratar el problema de la composición de un partido clandestino.

Los conspiradores decidieron matar al zar el primero de marzo de 1887, en el sexto aniversario del asesinato de Alejandro II. Se concedieron menos de dos meses para los preparativos: toda conspiración terrorista se enfrenta por regla general a los peligros contradictorios de la improvisación apresurada y de los aprestos prolongados que dan a la policía mayores oportunidades de descubrir la trama. Indudablemente, la fecha del primero de marzo, con su contenido simbólico, fascinaba a los sucesores de Zheliábov. Pero no sólo les escaseaba el tiempo: carecían de experiencia, de un plan de acción detallado, de recursos técnicos. Estaban llamados a fracasar. Uliánov estaba lleno

de aprensiones, pero no podía revocar su compromiso. El no habría de participar directamente en el atentado al zar: Generálov, Andreyushkin, Osipánov y otros dos o tres estudiantes fueron elegidos para arrojar bombas y hacer los disparos. Pero el papel de Uliánov era decisivo. El redactó el programa que habría de explicarle al pueblo el propósito de la conspiración; él también debía fabricar las bombas. El grupo no disponía de dinero —el propio Alexander había empeñado su medalla de oro por cien rublos para que Govorujin pudiera irse al extranjero— y no tenía manera de conseguir los explosivos. Pasaron varias semanas antes de que Pilsudski pudiera al fin traer ácido nítrico de Vilna y de que pudieran comprar dos revólveres usados. Los explosivos resultaron demasiado débiles y los revólveres no dispararon. Igualmente fatal fue la ingenuidad de uno de los conspiradores, que en una carta a un amigo en Járkov se permitió una exaltada, casi ditirámica justificación del terrorismo revolucionario. La policía interceptó la carta, detuvo al destinatario, obtuvo de él la dirección del remitente y empezó a vigilar a éste a fines de febrero. El último día del mes lo vieron a él y a sus compañeros en la avenida Nevski, llevando varios paquetes. Al día siguiente la policía, al ver a los mismos hombres con sus paquetes en el mismo lugar, los aprehendió y los condujo a la comisaría más próxima. Y

así fueron, llevando las bombas y los revólveres (mal se imaginaban sus aprehensores lo que había en los “paquetes”). Pero en la comisaría uno de los conspiradores trató de hacer uso de sus “armas”. Arrojó la bomba, pero ésta no estalló. Durante el interrogatorio, Kancher y Gorkun revelaron los nombres de los otros miembros de la “Sección Terrorista de la *Narodnaia Volia*”.

Alexander fue detenido inmediatamente y su habitación fue registrada. Ana, que no había participado en la trama ni sospechaba su existencia, fue arrestada cuando llegó a visitar a su hermano ese mismo día. Parece ser que Alexander, sin vacilación, decidió asumir toda la responsabilidad para salvar al mayor número posible de sus compañeros. Durante el interrogatorio preliminar dijo lo que habría de declarar más tarde ante sus jueces: “Yo fui uno de los primeros que concibieron la idea de formar un grupo terrorista y desempeñé el papel más activo en su organización. . .” “Por lo que toca a mi compromiso en este asunto, ha sido total. He puesto en él toda mi capacidad, todos mis conocimientos y toda la fuerza de mis convicciones.” No se hacía ilusiones en cuanto a su suerte: “Yo quería matar a un hombre; eso significa que ahora pueden matarme”, dijo durante uno de sus últimos encuentros con su madre. En el proceso sólo se preocupó por exponer con la mayor claridad posible los argu-

mentos contra el zar y el gobierno. Se dio la circunstancia de que el texto del programa que había redactado en nombre del grupo se había extraviado, de suerte que no figuraba en el expediente acusatorio. Alexander reescribió el documento en su celda y lo entregó al tribunal. Sostuvo orgullosamente sus ideas y expuso con la mayor precisión las imperiosas circunstancias que lo habían obligado a él y sus compañeros a actuar en la forma en que lo hicieron. Denunció a la autocracia como el enemigo de la nación y proclamó el derecho y el deber del revolucionario de utilizar todos los medios disponibles para derrocarla. Abrazó su martirio con clarividente pasión.

La noticia de la aprehensión de Alexander y Ana tardó unos días en llegar a Simbirsk. Un pariente de la familia Blank se la transmitió a Kashkadamova, pidiéndole que enterara a la madre. Parece ser que a Kashkadamova le faltó valor para cumplir la encomienda y esperó a Volodia cuando éste regresaba de la escuela. Volodia leyó la carta de Petersburgo en reconcentrado silencio.

Frente a mí ya no se hallaba un muchacho despreocupado y jovial, sino todo un hombre que pensaba profundamente en un asunto grave. “Esto es serio”, dijo; “puede acabar mal para Sasha”,

recuerda Kashkadamova. Una hora después ésta se hallaba en presencia de María Alexandrovna, quien, “pálida y grave”, leyó la carta y pidió a Kashkadamova que cuidara de los niños en su ausencia: ella partiría inmediatamente hacia San Petersburgo. Volodia compró un boleto para su madre en el tren a Syzran; en vano llamó a las puertas de sus amigos y vecinos para suplicar que alguien la acompañara en el viaje. Nadie se ofreció a viajar con la madre del regicida, ni siquiera hasta la estación del tren; y así la viuda de Su Excelencia salió sola de Simbirsk para luchar por la vida de su primogénito.

En San Petersburgo pasó casi un mes en los corredores de la policía y en las antecámaras del fiscal, implorando que la dejaran ver a sus hijos encarcelados. El 30 de marzo pudo ver a Sasha por primera vez. “El sollozó abrazado a sus rodillas, y, suplicándole que lo perdonara por el dolor que le había causado, dijo: ‘Además de las obligaciones que uno tiene con su familia, tiene otras con su país’ ”, añadiendo que todo hombre honrado debía luchar contra la ilegalidad y la tiranía que oprimían a la nación. Cuando ella objetó los “medios horribles” a que habían recurrido los conspiradores, él replicó: “Pero, ¿qué se puede hacer cuando no hay otros medios?” Trató de prepararla para lo peor y habló del consuelo que encontraría en el destino más afor-

tunado de sus otros hijos. Ella aún trató de salvarlo y llamó a todas las puertas de la autoridad. Inmediatamente antes del comienzo del proceso regresó a Simbirsk por uno o dos días y le dijo a Kashkadamova que esperaba una sentencia de reclusión a perpetuidad en la *katorga* (trabajos forzados); pensaba trasladarse a Siberia para estar lo más cerca posible de Alexander. Llevaría consigo a sus hijos menores, dijo, y los mayores se las arreglarían por sí solos. Hacía apenas un año desde que había escrito a Su Excelencia el Administrador del Distrito Educativo de Kazán, el Consejero Confidencial P. N. Máslennikov: “Espero que, con la ayuda de Dios [Alexander] será en el futuro un sostén para mí y para sus hermanos y hermanas menores. . .” Ahora estaba lista a sacrificarse por él y parecía “que amaba a su hijo mayor más que a todos los demás”.

Alexander continuó afrontando inflexiblemente su destino. Temiendo que ninguno de sus compañeros fuera capaz de proclamar sus principios desde el banquillo de los acusados, se impuso él mismo la tarea; se enfrentó a los jueces como el jefe de la conspiración, y el tribunal y los demás acusados lo aceptaron como tal. Las audiencias comenzaron el 15 de abril de 1887, tres días después de su vigesimoprimer cumpleaños, y duraron hasta el 19. El proceso se efectuó *in camera*; sólo se permitió entrar a los parientes más próxi-

mos de los acusados. Uno de los sobrevivientes del grupo, el graduado en teología, habría de recordar que Alexander, en el banquillo de los acusados, se comportó con la misma serenidad que en las reuniones de estudiantes: “Había tomado su última e irrevocable decisión.” A Lukashévich, cuyos nervios estaban alterados, logró susurrarle: “Puedes hablar contra mí si eso puede serte útil.” Según otro sobreviviente, “toda la atención de los presentes y del tribunal estaba concentrada en Uliánov”. “¿Por qué”, le preguntaron, “no trató usted de escapar al extranjero?” “No quería escapar; prefería morir por mi país”, respondió. El mismo fiscal, oblicuamente, rindió tributo a su heroísmo y devoción a la causa: “Uliánov se atribuye muchos actos de los que en realidad no es culpable.” Su madre asistió a una sesión del tribunal y comentó más tarde: “Me sorprendió lo bien que hablaba Sasha, con tanta convicción, con tanta elocuencia. No creía que pudiera hablar así. Pero mi aflicción era tan grande que no pude escucharlo por mucho tiempo; tuve que irme.”

En la declaración de principios que hizo el 19 de abril, Alexander mencionó el vago sentimiento de insatisfacción que había ido creciendo en él desde su temprana juventud; pero

sólo el estudio de las cuestiones sociales y

económicas me llevó a la profunda convicción de que el estado de cosas no era normal; y a continuación los vagos sueños de libertad, igualdad y fraternidad cobraron formas estrictamente científicas, es decir, socialistas.

“Comprendí que no sólo era posible, sino necesario, cambiar el orden social.” Haciéndose eco de Marx y Plejánov, dijo:

Todo país se desarrolla espontáneamente, de acuerdo con leyes definidas, pasa por etapas estrictamente determinadas e inevitablemente llega a la organización social [socialista]. Este es el resultado inevitable del orden existente y de las contradicciones que le son inherentes.

Planteó la cuestión del papel del individuo en la transformación de la sociedad, diciendo que no estaba al alcance de un hombre cambiar el curso natural de la historia; el individuo sólo podía poner sus recursos intelectuales al servicio de un ideal y ayudar a la sociedad a adquirir conciencia de su situación y sus tareas. Después expresó sus opiniones, que, a primera vista, deberían haberle impedido participar en la conspiración: dado que cualquier cambio en el orden social sólo puede ser resultado de un cambio en la conciencia de la sociedad, sólo existía un “método correcto” de

propiciar el cambio, y ése era la difusión de las ideas por medio de la palabra impresa.

Pero mientras todas las reflexiones teóricas me llevaban a esa conclusión, la vida me demostraba con lecciones objetivas que bajo las condiciones existentes era imposible seguir ese camino. Dada la actitud del gobierno respecto a la vida intelectual, era imposible difundir no sólo las ideas socialistas, sino incluso las ideas culturales generales.

Le había resultado sumamente difícil dedicarse aun al “análisis científico de los problemas”. A continuación se refirió a la situación de la sociedad rusa y a su incapacidad para expresarse frente al Estado autocrático. Habló de la especial responsabilidad de las personas cultas que representaban la conciencia de la nación y eran las únicas capaces de desafiar al poder instituido y hacer avanzar las ideas que conducían a la transformación de la sociedad. Pero

nuestra intelectualidad es tan débil físicamente y está tan desorganizada, que actualmente no puede empeñarse en ninguna lucha abierta; sólo mediante el terrorismo puede defender su derecho a pensar y a participar en la vida social. El terror es la forma de lucha que ha sido creada

por el siglo XIX, la única forma de autodefensa a que puede recurrir una minoría, fuerte sólo por su deber espiritual y por la conciencia de su razón, contra la conciencia de la fuerza física de la mayoría.

Una y otra vez recalcó que el uso del terror no era cuestión de premeditación y libre elección, sino una amarga necesidad:

El terror, por supuesto, no es el arma de la intelectualidad en la lucha organizada. Es sólo un camino que ciertos individuos siguen espontáneamente cuando su descontento llega al extremo. Considerado así, el terrorismo es una expresión de la lucha popular y durará mientras las necesidades de la nación no sean satisfechas. . .

En Rusia, continuó Alexander, tenemos la posibilidad de desarrollar nuestros recursos intelectuales, pero no se nos permite ponerlos al servicio de nuestro país.

La reacción actúa opresivamente contra la mayoría; pero el gobierno al privar a la minoría [...] de toda posibilidad de actuar de manera legítima, la empuja al único camino que le queda abierto [...] y todo esto afecta no sólo

a la razón, sino a las emociones también. Siempre se encontrará en la nación rusa una docena de personas con tanta devoción a sus ideales y con tan profundos sentimientos frente a la desdicha del país, que morir por su causa no representará para ellos un sacrificio. No es posible intimidar a tales personas [. . .] Yo he logrado demostrar que el terrorismo es el producto natural del orden existente; si ello es así, el terrorismo continuará [. . .]

Las actas oficiales del proceso sólo fueron publicadas después de 1917. Con todo, a pesar del secreto que rodeó a las sesiones, los contemporáneos lograron enterarse de muchos de sus detalles, y la declaración de Alexander, sus razonamientos y la forma en que los expuso tuvieron una amplia difusión oral. Su actitud en el banquillo de los acusados evocó a tal punto el heroísmo de los mártires de 1881, que el propio Alexander fue comparado efectivamente con Zheliábov. Generalmente se aludía a la conspiración como “el caso de Alexander Uliánov y sus compañeros”.¹⁰ La sentencia de muerte fue dictada en la última semana de abril, pero María Alexandrovna

¹⁰ Esto no fue en modo alguno una adición ulterior a la leyenda de los Uliánov con el fin de iluminar a Alexander con la gloria reflejada del gran Lenin. En realidad, fue a Lenin a quien se aludió como al “hermano menor de Alexander Uliánov”.

siguió tratando de obtener la conmutación de la sentencia; fue a la celda de su hijo para pedirle que solicitara clemencia. “No puedo hacer eso después de todo lo que he dicho en el tribunal. Eso sería falso”, fue la respuesta de Sasha. Un joven ayudante del fiscal, Kniázev, se encontraba presente *ex officio* en la reunión. Se comportó con discreta simpatía manteniéndose a un lado. Sin embargo, alcanzó a escuchar la respuesta de Alexander y, como si no pudiera refrenar su admiración, exclamó: “Tiene razón, tiene razón.” La sentencia de muerte sólo podía ser conmutada por la reclusión a perpetuidad en la fortaleza de Schlüsselburg. “¿Me desearías eso, madre? ”, dijo Sasha. Ambos sabían que eso podía ser peor aún que la muerte. María Alexandrovna se sintió abrumada y derrotada. Sasha deseaba pasar sus últimos días leyendo. Le agradeció a un amigo el envío de una obra sobre economía y finanzas que acababa de ser publicada, pero también quería tener las obras de Heine en su celda. Estas, sin embargo, estaban prohibidas por la censura y era prácticamente imposible obtenerlas. Pero el mismo ayudante del fiscal, Kniázev, demostró una vez más su simpatía y se encargó de conseguirlas.

María Alexandrovna aún no cejó en su lucha. En San Petersburgo corrían rumores de que el zar estaba dispuesto a perdonar la vida de los jóvenes conspiradores, y esos rumores “alimentaban aún

la inextinguible esperanza”. La mujer acudió a la fortaleza de Pedro y Pablo, adonde Sasha había sido trasladado. Le habló a través de un doble enrejado, mientras un gendarme caminaba de un lado a otro entre madre e hijo. Ella quiso comunicarle a su hijo algunos de sus sentimientos y le gritó: “¡Animo! ¡Ten valor!” Fueron las últimas palabras que le dirigió. Alexander fue ahorcado el 8 de mayo. Ella se enteró de la ejecución por un periódico que había comprado mientras se encaminaba a otra prisión, para visitar a Ana.

En Simbirsk, Vladímir Uliánov estaba a punto de graduarse en el *gymnasium*. Tenía que obtener autorización para tomar exámenes finales, y el 18 de abril, el día que Alexander hizo su desafiante declaración en el tribunal de San Petersburgo, Vladímir escribió la siguiente breve solicitud: “A Su Excelencia el Director del *gymnasium* clásico de Simbirsk. Deseando obtener la matrícula, tengo el honor de pedir humildemente a Su Excelencia que me admita a los exámenes. . . Firmado: Vladímir Uliánov, Alumno de Octavo Año.” No podía tener seguridad alguna de que sería admitido. Sentía ya el ostracismo social a que estaban sometidos los Uliánov; advertía cómo los antiguos amigos de la familia, aun aquellos que debían su educación o su carrera a su padre, aquellos que solían visitar la casa casi diariamente para conversar un rato o jugar una partida de ajedrez, los

rehúfan ahora con mayor o menor deliberación. Y Volodia se preguntó si el director no se comportaría de igual manera. En verdad, Fiodor Mijailovich Kerensky estaba en dificultades: el Ministerio lo había hecho objeto de una reprimenda por haber estimulado y premiado con una medalla de oro a un alumno que después resultó ser regicida, por haber permitido, de hecho, que su *gymnasium* se convirtiera en un foco de subversión. No había manera de saber en qué medida la reprimenda podría afectar la futura carrera del director. Un hombre con menos carácter habría optado por congraciarse con las autoridades y por ostentarse como un cumplido súbdito del zar tratando con desagrado, cuando menos, al hermano del regicida. No cabe duda de que el director se sentía consternado y avergonzado por lo que había hecho el brillante alumno de su escuela: Fiodor Mijailovich era un leal súbdito del zar. Pero también era leal a la memoria de Ilia Nikoláievich y estaba resuelto a no abandonar a la familia del amigo en su desgracia. Así, pues, no sólo recomendó que a Vladímir se le permitiera tomar sus exámenes, sino que le extendió el siguiente certificado de carácter:

Excepcionalmente talentoso, constantemente diligente y puntual, [Vladímir] Uliánov fue el mejor alumno en todos los años; al matricular-

se le fue concedida una medalla de oro por considerársele el más merecedor de ella en virtud de su aplicación, desarrollo y conducta. Ni dentro ni fuera del *gymnasium* se ha observado en ocasión alguna que Uliánov haya dado motivos, de palabra o de hecho, para ser reprendido.

A pesar de cualquier riesgo para sí mismo, el director trató a su alumno favorito con absoluta justicia; además, deseaba librarlo de un nuevo oprobio. Y se expresó como el amigo de la familia Uliánov: “Los padres de Uliánov siempre han cuidado meticulosamente de su educación y desarrollo moral [...] En la base de [esta] formación se hallaban la religión y una disciplina razonable. Los buenos resultados de la educación doméstica se hicieron evidentes en la conducta de [Vladímir] Uliánov.” Esto era cierto en términos generales, aun cuando en sus observaciones el director iba a la zaga de los hechos: obviamente no estaba enterado del reciente “rechazo” de la religión por parte de Vladímir, y pasó por alto uno o dos incidentes menores en los que el sarcasmo de éste no había escatimado ni siquiera a sus maestros. Con todo, el director añadió un comentario ambiguo: “Al observar con mayor atención la vida privada y el carácter de Uliánov, no pude dejar de notar en él una preferencia

excesiva por el aislamiento y [...] una cierta insociabilidad.”

Kerensky seguramente no trataba de ponerse a salvo de los reproches de sus superiores ni de mediatizar la opinión favorable sobre su alumno; sólo describía de manera honrada y realista la actitud sumamente reservada de Volodia, que le impidió hacer amistades íntimas en la escuela y lo mantuvo peculiarmente distanciado aun de sus colaboradores más cercanos durante su vida adulta. Este era un rasgo de carácter que Volodia compartía con Alexander y que debió suscitar cierta inquietud en el director. Pero éste se apresuró a tranquilizar a aquellos a quienes iba dirigido el certificado, diciendo que “la madre de Uliánov piensa vivir todo el tiempo con él hasta el momento en que termine sus estudios universitarios”. De esta manera implicaba que Alexander se había extraviado solamente en San Petersburgo, donde había dejado de vivir bajo la benéfica influencia del hogar paterno con su “religión y disciplina razonable”. Esto era probablemente lo que los amigos más bondadosos de los Uliánov y la propia María Alexandrovna pensaban sobre el asunto. Ella debía haber visto a Kerensky durante su estancia en Simbirsk antes del proceso y haberle confiado sus planes de acompañar a Sasha a Siberia. Ahora, en efecto, planeaba mudarse con sus hijos a Kazán, pues las autoridades en San

Petersburgo le informaron que sólo en Kazán se le permitiría a Vladímir solicitar ingreso en la universidad.

Vladímir escribió su primer trabajo de examen sobre el *Boris Godunov* de Pushkin el 5 de mayo, tres días antes de la ejecución de su hermano. El día que Alexander ascendió al patíbulo, se examinó en matemáticas. “Todos nos sentíamos terriblemente agitados”, recuerda un condiscípulo, “excepto Vladímir Uliánov, que escribía tranquilamente y sin prisa en su pupitre [...]” “Nos dieron sólo seis horas para preparar nuestros trabajos [...] Vladímir Ilich terminó y entregó los suyos antes que todos nosotros y fue el primero en salir del aula [...]” Los periódicos que daban la noticia de la ejecución habían llegado ya a Simbirsk cuando Volodia se examinaba en trigonometría y traducía al ruso pasajes de Tucídides. Durante un intervalo de una semana antes de los exámenes orales, su madre volvió a casa, con el cabello lleno de canas que le habían salido en las últimas semanas. Con ella regresó Ana, pero sólo para partir inmediatamente hacia Kokushkino: había sido excarcelada bajo la condición de que permaneciera bajo vigilancia policiaca en la propiedad rural de su abuelo. Los exámenes orales de Vladímir duraron desde el 22 de mayo hasta el 6 de junio. Entretanto, la casa y sus muebles fueron puestos en venta, dando a los

curiosos de la ciudad un pretexto para ir a observar a la madre del regicida. Vladímir pasó todos los exámenes *summa cum laude*. Se le concedió su medalla, pero el Consejo Escolar decidió que no sería conveniente incluir el apellido Uliánov en la lista de honor sobre la placa de mármol en que habían sido grabados los nombres de todos los anteriores ganadores de la medalla.

El comportamiento de Vladímir durante estas semanas pone de manifiesto su extraordinario dominio de sí, pero también plantea la interrogante: ¿en qué medida exactamente afectó al muchacho de diecisiete años, que trabajaba “tranquilamente y sin prisa” en sus exámenes, la tragedia de su hermano y su familia? Un condiscípulo ha contado sus recuerdos de un encuentro casual con Volodia en vísperas de un examen:

Nunca olvidaré aquel cálido anochecer de mayo [...] Yo salí [...] a dar un paseo por La Corona [...] Iba tarareando una canción. Al pasar frente a la casa de verano reparé en alguien que miraba fijamente hacia el horizonte lejano, más allá del Volga. Sin prestar atención, pasé de largo y empecé a cantar en voz alta. “¿No te estás preparando para los exámenes?”, escuché de repente la voz de Volodia. Contento de habérmelo encontrado, me le acerqué y noté que estaba peculiarmente absorto

en algo, y taciturno. Me senté a su lado y empecé a contemplar el paisaje a orillas del Volga. Volodia permaneció silencioso y en ocasiones suspiraba profundamente. “¿Qué te sucede? ”, le pregunté por fin. El volvió el rostro hacia mí, quiso decir algo pero no lo hizo, y una vez más volvió a ensimismarse. Yo pensé que lo embargaba el recuerdo de su padre o que lo preocupaba la situación de Alexander, que, como sabíamos, había sido arrestado [...]. Traté de mitigar su angustia [...] pero fue inútil. Yo sabía que Volodia era alegre a veces, pero que en ocasiones era insociable y en tales momentos rehuía la conversación [...]. Pero el anochecer era tan sereno que parecía que la naturaleza misma quería tranquilizarnos e inspirarnos confianza. Le comuniqué esa impresión a Volodia. Después de un momento de silencio, él me contó que Alexander había sido ejecutado el 8 de mayo. Yo quedé anonadado. Sentado junto a mí, Volodia permanecía cabizbajo y agobiado. Abrumados por los pensamientos, nos era imposible hablar. Así, en silencio, nos quedamos sentados un largo rato. Por fin Volodia se puso de pie y, sin decir nada, echó a andar hacia la ciudad. Caminamos lentamente. Yo comprendí la profunda aflicción de Volodia, pero también advertí que en aquellos precisos momentos un espíritu de fir-

me determinación surgía en él [...] Antes de separarnos lo tomé con fuerza de la mano. El me miró a los ojos, respondió al apretón de manos y, dándose vuelta rápidamente, se dirigió a su casa.

Algunos otros testimonios contemporáneos nos presentan al mismo muchacho abatido y agobiado por el dolor, en lucha consigo mismo para no exteriorizar sus sentimientos. Esta capacidad de dominar las grandes emociones era un rasgo familiar: ya lo hemos visto en Alexander. Lo encontramos también, de manera más sorprendente, en su hermana Olga. Aunque era un año menor que Volodia, ella también presentó sus exámenes finales en esos días; al igual que su hermano los pasó brillantemente y obtuvo también la medalla de oro. “Siguió asistiendo a la escuela. . . su dominio de sí era asombroso; era como si se hubiese convertido en piedra”, dice una de sus condiscípulas. Se desmayó, sin embargo durante la celebración de un acto en memoria de una directora escolar efectuado el 9 de mayo. “Cuando volvió en sí me dijo: ‘Katia, ayer lo ejecutaron.’ Sólo dijo eso. . .” Y en su hogar, puesto ahora en subasta, María Alexandrovna, vestida de negro pero erguida y sin lágrimas, se enfrentó a los curiosos y los indiscretos con la cortante pregunta: “¿Cuál de los muebles desea usted comprar?”

En los meses y años siguientes, Vladímir hubo de reflexionar profundamente sobre la suerte de Alexander, analizando su experiencia y extrayendo de ella una lección. Sería ocioso especular si habría decidido hacerse revolucionario en caso de que el martirio de Alexander no hubiese impartido un rumbo completamente nuevo a su vida y su pensamiento. En la Rusia zarista nunca faltaron razones que motivaran a los jóvenes intelectuales a luchar contra el orden social existente; y esas razones fueron decisivas también para el joven Vladímir Uliánov. Sin embargo, en el momento de la muerte de Alexander, se hallaba todavía muy lejos de la idea de que él también llegaría a ser un revolucionario. Hasta el primero de marzo de 1887 había estado embebido en las obras de los grandes poetas y novelistas, en la prosa de los clásicos griegos y latinos y, en cierta medida, en la historia. La política o la economía política no empezaban aún a llamar su atención. Las cuestiones sociales contemporáneas le eran tan lejanas como a cualquier joven apolítico. Su vida hasta entonces había estado a salvo de estrecheces, sus éxitos en la escuela y la satisfacción que le deparaba el desarrollo de su intelecto apuntaban a lo que todos preveían como la gran carrera académica de un erudito clasicista; nada en su comportamiento indicaba que Vladímir Uliánov, andando el tiempo, abandonaría esa dis-

posición de espíritu para lanzarse a recorrer los caminos de la revolución. Sólo el impacto de la trágica suerte de Alexander echó por tierra el mundo de la infancia y la adolescencia de Volodia. Sólo entonces se vio su mente súbitamente atraída por las cuestiones sociales y políticas y su propio destino empezó a tomar una forma inesperada. La experiencia personal íntima lo hizo cobrar clara conciencia de la causa general de la revolución en Rusia, como si las condiciones de la sociedad se hubieran refractado a través de la tragedia familiar. Y así, aun cuando podamos suponer que Vladímir Uliánov siempre habría llegado a ser Lenin aunque su hermano no hubiera muerto en el patíbulo, no cabe duda de que el sacudimiento provocado por el martirio de Alexander tuvo consecuencias en su temprano desarrollo como revolucionario. El propio Lenin tenía conciencia de ello y en muy contadas ocasiones lo hizo saber a su esposa y sus hermanas; tanto más significativo resulta, por eso mismo, el hecho de que a lo largo de toda su carrera política nunca evocara, ni mencionara siquiera, la vida o la muerte de su hermano. El nombre de Alexander no aparece en ninguno de los libros, artículos y discursos de Lenin; su ausencia se echa de ver aun en las cartas a su madre y sus hermanas. En los cincuenta y cinco volúmenes de la más reciente y completa edición de sus obras, se menciona a

Alexander casi incidentalmente y sólo en dos ocasiones: en una declaración puramente informativa contenida en las respuestas a un cuestionario (que nunca completó ni devolvió) y en una carta en la cual Lenin, en 1921 recomendó a un tal Chebotarev: “Conozco a Chebotarev desde los años 80, en relación con el caso de [mi] hermano mayor Alexander Ilich Uliánov, ahorcado en 1887. Chebotarev es indudablemente un hombre honrado.” La omisión de la palabra “mi” en la oración es característica. Una reticencia tan extraordinaria no podría atribuirse a una frialdad de sentimientos; por el contrario, encubría una emoción demasiado profunda para ser expresada y demasiado dolorosa para ser recordada jamás con tranquilidad.

**Imprenta Madero, S. A.
Avenida 102, México 13, D. F.
20-IX-1975
Edición de 10 000 ejemplares
más sobrantes para reposición**

Isaac Deutscher consideraba su proyectado estudio de Lenin como la culminación de la obra de su vida. La biografía de Stalin, los tres volúmenes sobre Trotsky y la vida de Lenin habrían de constituir "un solo ensayo de análisis marxista de la revolución de nuestro tiempo y además un tríptico con cierta unidad artística". Sabido es que el autor no pudo completar ese trabajo monumental y sólo quedó en su archivo un fragmento desmitificador y luminoso, referido a la familia, niñez y juventud del gran revolucionario ruso, *Lenin: los años de formación*, que estaba destinado a ser el primer capítulo de la obra inconclusa.



Obras de Isaac Deutscher en Ediciones Era

Colección El hombre y su tiempo

- *Trotsky, el profeta armado*
- *Trotsky, el profeta desarmado*
- *Trotsky, el profeta desterrado*
- *Stalin. Biografía política*
- *La revolución inconclusa*
- *Los sindicatos soviéticos*
- *Rusia, China y Occidente*
- *El marxismo de nuestro tiempo*

Serie popular Era

- *El maoísmo y la Revolución Cultural China*
- *Lenin: los años de formación*